

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del político personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 38
Abril 2026

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Ucrania.

¡La guerra de expolio es la forma imperialista de repartirse el mundo!

En Ucrania, la invasión rusa del país, iniciada el 24 de febrero de 2022, ha sido la continuación de la política exterior de Moscú hacia el país vecino, en el que, desde el colapso de la URSS y la constitución de la República Independiente de Ucrania, siempre ha existido una lucha entre las facciones prorusas y las facciones prooccidentales. Desde 2014, la situación se transformó en un conflicto interétnico tanto en Crimea, habitada por una mayoría étnica rusa, como en las regiones del Donbás, donde los rusos parlantes tienen una presencia significativa (en Donetsk, en particular, y en gran parte de Lugansk). La política de Kiev, tras la revuelta de *Maidán* (en 2014) y la destitución del presidente Yanukóvich (que había suspendido las negociaciones para la adhesión de Ucrania a la Unión Europea, tan deseadas por el movimiento prooccidental), respondía al objetivo de convertir a Ucrania en un país *cultural y étnicamente homogéneo*, por lo que las minorías rusas (y no hablamos de las minorías cosacas y tártaras) habrían tenido que someterse, aban-

donando cualquier aspiración de mantener sus tradiciones culturales de origen ruso y, naturalmente, la propia lengua rusa. Cuanto más resistían y se rebelaban las minorías rusas, más crecían la presión y la represión de Kiev, instigadas e impulsadas por la Unión Europea, Gran Bretaña y Estados Unidos. La demostración de que ninguna solución burguesa, ni democrática ni autoritaria, es capaz de resolver los fuertes contrastes que, a lo largo de los siglos, se han generado entre las naciones más fuertes y las más débiles, y de que la «solución» hacia la que empujan esos contrastes reside en la represión y el enfrentamiento armado, le dan esos territorios en los que la historia de los pueblos ha concentrado sus fricciones más agudas. Y Ucrania con el Donbás y Crimea hoy, como Serbia con Kosovo ayer y un mañana, por quedarnos en Europa del Este, podría ocurrir en los países bálticos donde existen fuertes minorías rusas (sobre todo en Estonia y Letonia), están ahí para recordarlo.

(sigue en pág. 2)

Del populismo al estalinismo, la «izquierda» en el Gobierno cumple su papel

La reciente remodelación del Gobierno a cargo de Pedro Sánchez, sumada al anuncio de renuncia a encabezar las listas electorales «a la izquierda de la izquierda» por parte de la ministra de trabajo, Yolanda Díaz, ha llevado a los medios de comunicación, cínicamente dispuestos, siempre, a convertir en un gran acontecimiento lo que tan sólo es un recambio institucional de tipo menor, a preguntarse por una supuesta «crisis de la izquierda», que acompañaría oportunamente al auge de la extrema de derecha en términos electorales.

La realidad es que no hay ninguna crisis de la izquierda, ni de la *centrada*

socialista ni de la *alternativa* de SUMAR, Izquierda Unida o Podemos, porque el bloque único que en realidad constituyen como fuerza capaz de garantizar la gobernabilidad del país junto con los partidos nacionalistas vasco y catalán, ha cumplido y cumple con su función.

Recordemos, de manera sucinta, la cronología. En enero de 2020, después de las elecciones generales de noviembre de 2019, se constituyó el segundo Gobierno de Pedro Sánchez, incluyendo entre sus filas a Pablo Iglesias, de

(sigue en pág. 6)

Cómo intentar borrar de la historia a un pueblo: por ejemplo, el pueblo palestino

En junio de 2025 escribíamos:

«Con la Segunda Guerra Mundial, la derrota de las potencias del Eje y de las entidades estatales árabes que las apoyaban, y el exterminio de los judíos, las democracias imperialistas, victoriosas por segunda vez sobre los totalitarismos imperialistas, no hicieron más que agravar los conflictos entre las poblaciones de la zona de Oriente Medio, en particular en lo que respecta a la creación de Israel que, de ser un «hogar judío», se convertiría en 1948 en un auténtico Estado en un territorio que las potencias imperialistas mundiales reunidas en la ONU desde 1945 habrían querido dividir en dos Estados distintos, uno palestino y otro judío, algo que nunca llegó a suceder. Que Inglaterra, Estados Unidos y la propia Francia se decantaran sustancialmente por la población judía y no por las poblaciones árabes quedó patente, más allá de las repetidas declaraciones sobre los conflictos árabe-israelíes y sobre «dos pueblos, dos Estados», desde la violenta constitución del Estado de Israel, que provo-

(sigue en pág. 8)

EN EL INTERIOR

- El movimiento proletario latinoamericano, eslabón inseparable del movimiento proletario internacional
- Minnesota: sobre la «huelga general» que no fue...
- Lucha de clases y «ofensivas patronales»
- ¡Abajo el ataque imperialista contra Irán! ¡Guerra de clase contra el imperialismo y el capitalismo!
- 17 de marzo, huelga general en el País Vasco y Navarra: Lucha de clase frente a todo tipo de nacionalismo, localismo o corporativismo.

La guerra de expolio

(viene de la pág. 1)

El capitalismo y su ley de desarrollo

El capitalismo y los regímenes burgueses erigidos sobre él han superado sin duda, gracias al desarrollo económico y a la formación de los mercados nacionales y de los respectivos Estados nacionales, muchas de las fragmentaciones que caracterizaban la época feudal, adaptando a las necesidades de los intercambios comerciales y de las relaciones entre las diversas comunidades que formaban la «nación» también el uso de una lengua común —por lo general la de la población más avanzada y más fuerte— que tuviera las características de uniformizar tanto las exigencias económicas de desarrollo como las exigencias legislativas y administrativas, de modo que a un único mercado nacional correspondieran una única moneda nacional, una única lengua, un único método e o de instrucción, etc., etc. Pero este desarrollo, sin duda revolucionario en comparación con las fragmentaciones y los compartimentos estancos de la época feudal, ha traído consigo no solo un desarrollo económico excepcional, sino también todas las contradicciones sociales y de clase que tal desarrollo (bajo la bandera de la «libre competencia») lleva en su seno. Así, los pueblos más fuertes se imponían a los más débiles, los Estados más fuertes a los más débiles, y las opresiones que caracterizaban la época feudal y las épocas anteriores adoptaban otras formas, desarrollando y extendiendo, sobre la base de un antagonismo de clase fundamental entre capital y trabajo, entre capitalistas y trabajadores asalariados, todo tipo de «competencia»: desde el racismo hasta el nacionalismo, desde la competencia profesional hasta la sexual, desde la cultural hasta la comercial.

La civilización burguesa y capitalista ha conllevado no solo el desarrollo técnico y tecnológico, productivo y distributivo, sino también toda forma de opresión que esos mismos avances exigían para que la parte más desarrollada, mejor equipada económica y técnicamente, se impusiera por la fuerza sobre todas las partes sociales menos desarrolladas. La competencia, en el régimen capitalista y burgués, no significa un desarrollo «libre» y «fraternal» de los métodos y medios de producción y distribución para que todas las partes sociales y todas las naciones alcancen un desarrollo homogéneo, superando así las fuertes desigualdades heredadas de las sociedades anteriores; significa desarrollo económico y social —y, por tanto, también político— como *arma* de prepotencia, de dominio, de conquista y de sometimiento de los competidores más débiles, menos desarrollados y, por tanto, atrasados. La competencia burguesa, a medida que se desarrolla el capitalismo nacional de cada país, se traslada cada vez más al plano internacio-

nal, obligando a cada capitalismo nacional, y por tanto a cada Estado nacional, a reforzar sus capacidades productivas, su iniciativa comercial y su fuerza militar para defenderse económicamente de todos los demás capitalismoes nacionales. Las guerras comerciales, las guerras financieras y las guerras bélicas no son más que el desarrollo lógico de la competencia capitalista, no son más que la *política exterior llevada a cabo con otros medios, con medios militares, de cada Estado*, como decía von Clausewitz. Así, los Estados más fuertes, mejor equipados económica y militarmente, ante una competencia cada vez más intensa a nivel internacional, deben estar constantemente preparados para defender los intereses del capitalismo nacional del que son el máximo representante político, en todas las circunstancias: políticas, diplomáticas, comerciales, económicas, financieras y militares. La confrontación con los demás países, con los demás Estados, tarde o temprano se transforma en enfrentamiento, porque el interés capitalista de un país no se doblega, sin luchar, ante el interés capitalista de otro país más agresivo y quizá más fuerte, buscando alianzas con otros países con los que compartir, aunque sea temporalmente, el mismo interés contingente.

Curso de colisión anunciado entre Ucrania y Rusia

Ucrania, una vez que el régimen de Moscú se derrumbó bajo los golpes de la crisis económica mundial y de la crisis política interna, no podía sino expresar con toda la fuerza de que disponía —como cualquier otro país capitalista— su propio interés nacional. Casi todos los países de Europa del Este del antiguo imperio soviético aprovecharon, empezando por Alemania, la debilidad real en la que había caído el régimen de Moscú y su imposibilidad de mantener el control sobre ellos, para situarse lo más rápidamente posible bajo el ala protectora del mayor competidor de Moscú, Occidente —ya sea en forma de la Unión Europea, ya sea en forma de la OTAN. Otros países, como Bielorrusia y Ucrania, donde la presencia de la etnia rusa es fuerte, constituían objetivamente para Moscú el último baluarte de protección de sus fronteras frente al avance irresistible de la OTAN y del Occidente euro-estadounidense. Bielorrusia, habitada en un 85 % por rusos y dependiente económica y financieramente de Moscú, estaba casi automáticamente afiliada a Rusia; pero Ucrania, por su historia, por su estructura industrial y por su propensión capitalista a convertir su economía y sus recursos mineros y agrícolas en una fuerza nacional por derecho propio, siempre ha aspirado a *separar* su futuro nacional de Moscú, aunque no necesariamente *en contra* de Moscú. Solo que los contrastes inter-imperialistas, sobre todo en el ámbito europeo, entre Rusia, la Unión Europea y los Estados Unidos, no podían dejar a los ucranianos la libertad de decidir sobre su pro-

pio futuro, como, por otra parte, tampoco han dejado a ningún otro país la «libertad de autodeterminación».

Desde 1991, año de su independencia de Moscú, tras una interminable serie de intentos por elegir gobiernos occidentales o prorrusos, y tras un largo período en el que la corrupción dominaba tanto en las esferas del poder como en los entresijos parlamentarios, se llega a febrero de 2014, cuando Yanukóvich, reelegido presidente y que tendría a una posición esencialmente «equidistante» entre Rusia y Occidente, tras las violentas manifestaciones en su contra que recibieron el nombre de *Euromaidán*, es derrocado y en Kiev se inicia un rumbo político guiado por la OTAN (y, por tanto, por Estados Unidos) y por la UE. Pero Rusia no se queda de brazos cruzados: la intervención rusa comienza en Crimea, donde la mayoría de los habitantes es de etnia rusa (y donde se encuentra la base naval de la flota militar rusa del Mar Negro); mediante un rápido referéndum popular, los habitantes de Crimea aceptan la anexión a Rusia, anexión que, naturalmente, no es ratificada ni por Kiev ni por los Estados occidentales y sus aliados. Poco después, se produce la declaración de separación de Ucrania de las dos repúblicas de Donetsk y Lugansk. Así comienza el enfrentamiento indirecto entre Rusia y Ucrania, situando en el centro de la guerra que se está gestando la situación en el Donbás. Los intentos llevados a cabo, en particular por Alemania y Francia, para «detener la guerra civil» en Ucrania e impedir la «escalada militar» (con los acuerdos de Minsk I, de 2014, y Minsk II, de 2015) resultarán, en muy poco tiempo, totalmente engañosos, ya que nada de lo escrito en esos acuerdos se pone en práctica ni por parte ucraniana ni por parte rusa. Serán la propia Angela Merkel, por parte de Alemania, y el presidente Hollande, por parte de Francia, quienes admitirán, años más tarde, que aquellas «negociaciones» solo sirvieron para dar tiempo a Ucrania a preparar su ejército para hacer frente a la probable guerra con Rusia que, tarde o temprano, estallaría (1).

En realidad, durante todos los años transcurridos desde los acuerdos, tanto formales como informales, alcanzados por Gorbachov en 1990 con Estados Unidos y Alemania —que excluían la expansión de la OTAN hacia el este, hasta las fronteras de Rusia—, la OTAN, y por ende Occidente, estos fueron incumplidos sistemáticamente. Por otra parte, ¿qué se podía esperar de potencias imperialistas en pleno apogeo frente a potencias debilitadas y en dificultades? Aunque esos acuerdos se hubieran firmado y refrendado en todos y cada uno de los puntos discutidos y acordados verbalmente, podrían haberse roto a la primera de cambio, como siempre ha ocurrido con los tratados entre potencias. ¿Queremos recordar, por poner un ejemplo clamoroso, el cambio de postura de Italia en la primera guerra imperialista mundial respecto a la Triple Alianza, cambio que se repitió durante la segunda guerra imperialista mundial respecto a la

Alemania nazi? Es la conveniencia política y económica la que lleva a los Estados a ponerse de acuerdo un día con otros Estados para luego dar un giro de 180 grados y aliarse con aquellos que solo el día anterior eran enemigos. Por otra parte, la Alemania nazi, en la cual Ribbentrop acordó un pacto de hierro de no agresión y de reparto de Polonia con Molotov en agosto de 1939, rompió ese pacto en junio de 1941 con la repentina invasión de Rusia, en la estela de las grandes victorias en Europa occidental. Así, la Rusia estalinista pasó al bando contrario y se convirtió en uno de los aliados más importantes de los imperialistas occidentales euroamericanos contra Alemania y Japón.

Lo que los rusos han denominado «operación militar especial», llevada a cabo en apoyo de las poblaciones de etnia y lengua rusas de Crimea y Donbás, es en realidad una guerra con la que Rusia pretende apoderarse de esas regiones tanto por motivos políticos y económicos como por razones de estrategia militar: se trataría de un territorio que, desde la región rusa de Rostov, se extendería sin interrupción por toda Crimea, controlando así todo el norte del mar Negro hasta el golfo de Odessa, que permanecería en manos de Ucrania. Es obvio que Ucrania no tenía ni tiene ninguna intención de perder estas regiones, que constituyen la parte más rica del país desde el punto de vista de las reservas mineras y de la salida al mar Negro. La guerra, por lo tanto, por parte de ambos, tiene razones capitalistas más que válidas, y el hecho de que lleve más de cuatro años demuestra que Ucrania, apoyada sobre todo por las potencias europeas y, hasta el final de la presidencia estadounidense de Biden, también por EE. UU., no cederá salvo ante un colapso financiero, político y económico de las potencias europeas aliadas. Estas últimas, por su parte, tras la retirada sustancial del apoyo de Washington a Kiev y las contradicciones políticas y económicas surgidas con la presidencia de Trump, deben decidir si asumen por completo la defensa de Ucrania y siguen utilizándola como ariete contra Rusia, con la esperanza de que la economía rusa —afectada por una serie continua de sanciones— acabe en graves dificultades, empujando así a Moscú a rebajar sus pretensiones y a negociar el fin de una guerra que hasta ahora ha provocado a su propio ejército cientos de miles de muertos y heridos y que podría, si se prolonga en el tiempo, dar lugar a nuevas tensiones sociales en el interior del país, como ya han dejado entrever las múltiples deserciones.

La futura «paz imperialista» como tregua de un conflicto nunca resuelto

Las potencias euro-occidentales nunca han propuesto ningún «plan de paz» ni «plan para poner fin a la guerra»: han seguido insistiendo en que había que apoyar a Ucrania hasta la victoria, obligando a Rusia a retirarse de los territorios ucranianos ocupados gracias a una contraofensiva ucraniana vic-

toriosa, respaldada por ellas con decenas de miles de millones en armas y financiación. Que la perspectiva de una victoria ucraniana sobre Rusia no tiene futuro es lo que demuestra la propia realidad en el campo de batalla. Ni la contraofensiva de 2023, ni las incursiones de 2024 y 2025 han cambiado sustancialmente la situación; el 20% del territorio ucraniano —que corresponde a Crimea y al Donbás, ya bajo control ruso— ya ha sido conquistado por la parte rusa y Moscú no lo cederá por nada del mundo. Esta guerra recuerda a las anteriores guerras de conquista, con trincheras y territorios en los que actúan tropas físicamente presentes; no es una guerra que se pueda ganar solo con misiles y drones lanzados desde lejos o con bombardeos aéreos; como demuestra desde hace décadas Israel frente a Gaza y Cisjordania, Siria y el Líbano. Lo que constituye una debilidad sustancial del actual «frente euro-occidental» es el hecho de que la guerra en Ucrania cuenta exclusivamente con tropas ucranianas que se han visto obligadas a librar una guerra no solo en nombre del capitalismo nacional ucraniano, sino también de los intereses imperialistas de las potencias euro-occidentales y de Washington, mientras que su prolongación en el tiempo ha respondido sobre todo a los intereses de las potencias europeas occidentales. A ninguna potencia europea, y mucho menos a Estados Unidos, se le ha ocurrido jamás ir a «liberar a Ucrania» del invasor ruso con sus propias tropas. Es una guerra que Washington, por otra parte, ha considerado desde el principio como una ocasión para poner a prueba a sus aliados europeos lanzados contra el enemigo comercial ruso (al que sustraer los lucrativos comercios de petróleo, gas, fertilizantes, etc.), para verificar además sus puntos fuertes y débiles en términos tanto políticos como económicos y militares, y para aprovechar los contrastes políticos y económicos es que siempre han existido entre las grandes economías europeas, aunque ocultos tras acuerdos comerciales e institucionales «unionistas», acuerdos destinados a desmoronarse ante crisis de carácter internacional como las que se han producido en los últimos treinta y cinco años.

La guerra europea, una opción siempre abierta

Con el colapso de la URSS y, por ende, del «dominio ruso-estadounidense» sobre Europa, la guerra se ha convertido también *para* Europa, y *en* Europa, en la cuestión fundamental, a partir de la guerra de Yugoslavia de los años noventa del siglo pasado. El desarrollo de los imperialismos europeos tras la guerra ha reforzado de hecho los intereses inmediatos europeos no solo dentro de Europa, sino también en todo el norte de África y en el Cercano y Medio Oriente, constituyendo así un área de contrastes mucho más amplia que la Europa entendida geográficamente; todo lo que ocurre en esta vasta

zona concierne de cerca a todas las potencias europeas, y también a Rusia. Obviamente, dado que Estados Unidos, desde el final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial, es el gendarme mundial del capitalismo imperialista, todo lo que ocurre en cualquier rincón del mundo les concierne, con mayor o menor importancia. Y, sin duda, todo lo que ocurre en Europa les concierne directamente, no solo porque en dos ocasiones fue en Europa donde estalló la guerra mundial, sino también porque la Europa capitalista constituye un polo imperialista de primera importancia en el que históricamente se formaron y desarrollaron las primeras grandes potencias mundiales, desde Inglaterra hasta Francia, pasando por Alemania y la propia Rusia.

El capitalismo se desarrolla, sin embargo, de manera desigual en el mundo, y en este proceso ha producido una miríada de países atrasados destinados a la colonización por parte de los países capitalistas más avanzados, pero también ha producido un ejemplo del capitalismo europeo desarrollado al otro lado del Atlántico, los Estados Unidos de América, que, en el transcurso de cincuenta años, se convirtieron, tras haber participado en las dos guerras imperialistas mundiales, en la mayor potencia del mundo, sustituyendo, con una fuerza muy superior, a la potencia mundial que fue Inglaterra en los siglos XVIII y XIX. El siglo XX fue, en definitiva, el siglo americano, pero no es seguro que el siglo XXI siga siendo «americano», porque en el horizonte la silueta de la potencia china se perfila cada vez con mayor claridad. El siglo XX podría haber sido el siglo de la gran revolución mundial del proletariado, que había iniciado su camino victorioso en la Rusia de 1917, en plena guerra imperialista mundial. Un camino interrumpido y, finalmente, hundido por la contrarrevolución burguesa, que nunca habría logrado su intento asesino si no hubiera contado con el apoyo de las fuerzas reaccionarias del oportunismo socialchovinista, que se aprovecharon de la intoxicación democrática y nacionalista de las masas proletarias europeas para desviar al movimiento proletario de clase del camino revolucionario, haciéndolo descarrilar dramáticamente. La fuerza de esa intoxicación fue tal que logró infectar durante cien años al movimiento proletario mundial, en un primer momento con el mito del progreso democrático y del bienestar económico que solo la democracia burguesa podía garantizar, luego con el mito de la construcción del socialismo en un solo país teorizado por el estalinismo, que representó para las masas proletarias de todo el mundo una especie de falsa redención frente al imperialismo represor y belicista de marca euroamericana, y finalmente con el mito de la lucha contra el «totalitarismo», con el que la burguesía intenta restablecer el efecto alucinógeno que la democracia «antifascista» tuvo al llevar a las grandes masas proletarias a la enésima carnicería mundial entre 1939 y 1945. También

(sigue en pág. 4)

La guerra de expolio

(viene de la pág. 3)

la guerra en Ucrania ha sido la ocasión para renovar, por parte rusa, el mito de la guerra antinazi y, por parte ucraniana (y europea), el mito de la cruzada anti totalitaria; de hecho, ocultando, por parte de ambos, las causas reales de esta como de todas las demás guerras que han salpicado las últimas décadas: la lucha por la supremacía imperialista en todos los rincones del mundo, en Europa, en Oriente Medio, en el Pacífico, en África, en América Latina y, recientemente, también en el Ártico.

La situación heredada del fin de la coexistencia ruso-estadounidense en Europa, del colapso del imperio soviético y de los efectos de las crisis económicas y financieras que se han sucedido, sobre todo tras la crisis mundial de 1975, está destinada, en cualquier caso, a cambiar con el tiempo, tanto en términos económicos como políticos. El capitalismo avanza en la historia desarrollando económicamente países que antes estaban atrasados, ampliando y fortaleciendo los mercados internos de los países avanzados y, inevitablemente, creando y desarrollando industrias y mercados donde antes no existían, salvo en formas primitivas. Los ejemplos de China, India, Indonesia, Brasil, México, Turquía, etc., etc., lo demuestran. Al mismo tiempo, el desarrollo capitalista trae consigo las contradicciones generadas por la competencia industrial, comercial y financiera que, a su vez, obliga a cada Estado a armarse hasta los dientes para defender sus intereses nacionales y sus relaciones internacionales. La guerra, por lo tanto, se convierte en una opción siempre sobre la mesa porque —en una situación general en la que las contradicciones entre Estados y entre polos financieros e imperialistas se agudizan cada vez más— la tendencia a imponerse a los competidores y a no dejarse dominar por ellos se convierte cada vez más en una cuestión «de vida o de muerte». La guerra, por otra parte, es, al mismo tiempo, un negocio de enorme envergadura; en un período histórico en el que las crisis de sobreproducción se suceden con una frecuencia acelerada en comparación con los siglos anteriores, la guerra es una de las «soluciones» —aunque no definitiva— que permite a los grandes trust, a los grandes monopolios y a los Estados que los representan y defienden en la guerra de competencia mundial, sobrevivir y acumular beneficios y poder financiero a un ritmo mucho más rápido que en situaciones de intercambios mercantiles pacíficos.

Ucrania y la guerra desatada en su territorio han representado, y representan, una de estas «soluciones»: han impulsado el rearme de todas las grandes potencias mundiales, han incrementado como nunca antes las ventas de armas y los beneficios correspondientes, han destruido y siguen destruyendo infra-

estructuras, medios de producción y productos de todo tipo —además, obviamente, de armamento de todo tipo que debe ser sustituido y renovado continuamente— sobre los que diseñar colosales planes de reconstrucción posguerra, dando así un respiro adicional a la maquinaria productiva capitalista, cada vez más agobiada. Pero la sed de beneficios y de valorización del capital es tal que una guerra local, por muy destructiva que sea y por muchos años que se prolongue, no basta. Si ampliamos la mirada al mundo, vemos que en todo el horizonte visible la guerra es la protagonista: desde Gaza y Cisjordania hasta Venezuela, desde Libia y Siria hasta Irán y los países del Golfo Pérsico, desde Sudán hasta el Congo, a la espera de que Cuba vuelva a ser, una vez más, objeto del interés de Washington.

Como siempre, Washington juega con Europa como el gato con el ratón

Tras varios años y cientos de miles de muertos en ambos bandos de los países en conflicto, tanto en Ucrania como en Rusia surge la necesidad de poner fin a la guerra, tanto por motivos de política interna como por razones de relaciones internacionales. Washington, al pasar el testigo de los demócratas de Biden a los republicanos de Trump, ha cambiado de postura respecto a Ucrania, y esto se debe a que ha cambiado de postura respecto a los países europeos que, si bien son aliados —además, vinculados en la OTAN—, también son molestos competidores económicos y comerciales. La avalancha de aranceles que Trump ha descargado contra todos, empezando por Alemania y su industria automovilística, ha sido una señal del malestar comercial y económico de una América que sufre cada vez más por la competencia mundial de China, pero frente a la cual aún no está preparada para enfrentarse abiertamente, prefiriendo mientras tanto forzar la mano a sus aliados más cercanos, como los europeos occidentales, Canadá y México, para poder obligarlos mañana a compartir su propia guerra contra China, si es que este va a ser el gran enemigo a batir. Hoy, mientras tanto, los obliga a compartir su política antirrusa en el ámbito del suministro de petróleo y gas a precios enormemente más caros de lo que eran el petróleo y el gas rusos. Trump, al hacerse pasar por amigo de Putin y darle así a este la posibilidad de pasar por encima de los europeos alardeando del reconocimiento internacional por parte de Washington, en realidad está pisoteando duramente a sus propios aliados europeos, a quienes, mientras tanto, ha obligado a sufragar los gastos de la OTAN y de las bases estadounidenses en Europa, elevando la contribución financiera al 5 % del PIB de cada país miembro. Y, una vez más, la guerra en Ucrania vuelve a demostrar hasta qué punto la política exterior de Washington está totalmente desvinculada de la política exterior de la Unión Europea y de Gran Bretaña: se dirige directamente hacia un interés inmediato en sacar pro-

vecho del enfrentamiento entre Moscú y la Unión Europea/Gran Bretaña sobre la «cuestión de Ucrania» para sacar de esta guerra el mayor beneficio posible (en términos de negocios de reconstrucción, concesiones mineras, etc.), tratando a los aliados europeos como vasallos a los que mantener a la puerta mientras «negocia» el «alto el fuego» y el «fin de la guerra» directamente con Moscú. El propio Zelensky, a quien Trump ha tratado como un astuto charlatán, pero en quien no confía en absoluto, ha admitido en repetidas ocasiones que sin los EE.UU. —a pesar del apoyo continuo de los países europeos— no solo no puede continuar la guerra contra Rusia, sino que tampoco puede haber un acuerdo de «paz».

Como ya es evidente, el acuerdo de «paz» con Rusia se centra en tres cuestiones fundamentales: el territorio del Donbás y de Crimea, que ya *son rusos*, y sobre los que Rusia no cede; la exclusión de la adhesión de Ucrania a la OTAN; y la exclusión de tropas estadounidenses en la línea de separación entre el Donbás y Crimea y el resto de Ucrania. De hecho, este panorama no es más que la «solución coreana» que anticipamos en el artículo de enero-febrero de 2023, «¿Ucrania, la Corea del siglo XXI?» (Il Comunista, n.º 176). En este artículo recordábamos una posición ya bien definida en 1950, en el artículo «Ni con Truman, ni con Stalin» (publicado en nuestro periódico de entonces «Battaglia Comunista», n.º 14, 12-26 de julio de 1950) y que vale la pena retomar aquí:

«En la historia de esta posguerra, que la demagogia pirata de las potencias vencedoras había anunciado como portadora de paz, prosperidad e igualdad, el conflicto estallado en Corea no es un hecho nuevo. En Alemania, en Grecia, en China, en Indonesia, en Vietnam, en Malasia, la paz democrática no ha sido en realidad más que la prolongación de una guerra en la que apenas cambiaban, de vez en cuando, los protagonistas. Ni podía ser de otra manera. Como confirmación aplastante del marxismo, los hechos están ahí para demostrar que la guerra no está ligada a la existencia de determinados regímenes políticos o a supuestos instintos belicosos de pueblos o razas, sino a las leyes inexorables del desarrollo del capitalismo.»

«Ante el nuevo episodio del impulso internacional del imperialismo, y ante la propaganda falsificadora y envenenadora que ambas partes llevan a cabo entre las masas obreras, hay que reafirmar con absoluta firmeza la posición del marxismo revolucionario.»

«El conflicto en curso, por muy localizado que esté geográficamente, tiene un carácter claramente internacional. Al igual que en los anteriores episodios bélicos de la «paz democrática», el choque no es entre fuerzas nacionales opuestas, sino entre los dos centros mundiales del imperialismo, Estados Unidos y Rusia, respecto a los cuales las naciones menores no son más

que miserables e impotentes peones. Falsa, por tanto, la palabra de guerra de independencia, de liberación, de unidad nacional».

Falsas, por tanto, todas las justificaciones ideológicas y políticas que las burguesías de ambos bandos beligerantes han urdido para ennoblecer la carnicería que en toda guerra llevan a cabo. La llamada «soberanía nacional» que Ucrania quiere que se restablezca, al igual que cualquier otro país burgués, no es más que la línea de las fronteras de un territorio en el que la burguesía nacional impone su dominio de clase, explotando la mano de obra, los recursos y el medio ambiente natural con el único fin de enriquecerse, de valorizar sus capitales, de acumular beneficios y ventajas económicas y políticas frente a las burguesías competidoras. Le importa muy poco el bienestar de su propio pueblo y de sus masas trabajadoras, y en cualquier caso solo en la medida en que estos se sometan a sus exigencias de dominio de clase, incluso y sobre todo cuando dichas exigencias se presentan en forma de guerra; entonces, incluso formalmente, ya no existen la democracia, los derechos, la libertad de expresión y de ir a donde se quiera, la disidencia, la libre competencia, los debates parlamentarios, las elecciones; solo existe la ley marcial, la represión de toda disidencia o rebelión, ¡el deber de ofrecer la propia vida a la patria!

Se descubre la verdad

Pero esta guerra, según algunas crónicas periodísticas, no solo los Estados Unidos sabían que iba a estallar —como reveló *The Guardian* en relación con una conversación mantenida entre Putin y Clinton en 2011 (2)—, sino que podría haber terminado inmediatamente después de la invasión rusa, entre finales de febrero y finales de marzo de 2022, dado que Zelenskiy y Putin habían acordado algunos puntos decisivos para poner fin a la guerra sobre la base de concesiones recíprocas: Ucrania se convertiría en un Estado permanentemente neutral y sin armas nucleares, renunciaría a la adhesión a la OTAN y a otras alianzas militares y no permitiría la presencia de otras alianzas militares en su territorio, mientras que Rusia no se opondría al acercamiento de Ucrania a la UE; Rusia se habría retirado del Donbás a cambio de una amplia autonomía de las dos regiones y habría negociado con Kiev la resolución de la cuestión de Crimea con garantías recíprocas de pacificación durante los siguientes 15 años (3). El asunto también se confirma en una entrevista concedida al medio ucraniano *Strana* por David Arakhamia, líder del partido de Zelenskiy «Siervo del Pueblo», en marzo de 2022 (4), entrevista en la que afirmó que Boris Johnson, por entonces primer ministro británico, se apresuró a ir a Kiev y le dijo a Zelenskiy: «¡No firmaremos absolutamente nada con ellos, simplemente luchemos!»). Por otra parte, cualquier tratado entre Rusia y Ucrania habría tenido que ser refrendado también por los países

del Consejo de Seguridad de la ONU y aquel día era evidente que Boris Johnson hablaba también en nombre de Estados Unidos. ¡Luchemos y ya está! En realidad, solo los ucranianos debían derramar su sangre por los intereses imperialistas y es de los países de la OTAN, empezando por Estados Unidos, porque nunca se habría enviado a ningún soldado a Ucrania a luchar contra los rusos. Y así, la guerra que los grandes políticos del Occidente tan civilizado y tan bien armado observaban desde sus sillones en los mapas de Europa, avanzaba con el tiempo acumulando destrucción y muerte sin ningún plan estratégico para ponerle fin, salvo el de intentar agotar al ejército ruso y debilitar la economía rusa aumentando las sanciones contra Moscú, ofreciendo para el banquete final un reparto de los negocios mutuos a costa, por parte occidental, de la sangre ucraniana y, por parte de Rusia, de la sangre de sus propios soldados y de aquellos que sus aliados de confianza, como Corea del Norte, estaban dispuestos a sacrificar para participar en la guerra de espolio en curso.

Al drama de la matanza que esta guerra ha provocado y sigue provocando se suma otro: ¡la ausencia del proletariado y de su lucha de clases contra las respectivas burguesías y, por tanto, contra su guerra! Una ausencia que no se debe a la indiferencia hacia los fines de esta guerra y que, solo en parte, depende de la ilusión de tener que luchar en defensa de la propia «patria» porque se está cegado por un nacionalismo venenoso. Sufrir décadas de intoxicación nacionalista y patriótica, poco importa si inyectada por regímenes democráticos o autoritarios —aunque todas las democracias imperialistas no son más que autoritarismos camuflados bajo los velos cada vez más finos de una democracia que ya no existe desde hace más de cien años. Es de esta intoxicación de la que deben salir las masas proletarias de Ucrania, Rusia y cualquier otro país, pero para que eso ocurra se necesitará inevitablemente una sacudida social de gran alcance, tal vez en países vecinos que no se hayan precipitado directamente en el agujero negro de una guerra devastadora. Si un despertar de clase de este tipo no se produce antes de la tercera guerra mundial, cabe esperar que se produzca durante su desarrollo, como ya ocurrió en 1871 con la Comuna de París y en 1917 con la revolución proletaria en Rusia. Los comunistas revolucionarios de hoy, aunque reducidos a un puñado de militantes, trabajan con la certeza de un futuro desastroso para el capitalismo mundial, previsto científicamente por el marxismo en un curso histórico que no responde a los deseos de tal o cual pueblo, de tal o cual país, de tal o cual líder, sino a la acumulación objetiva de contradicciones económicas, sociales y políticas de las que el capitalismo, en su desarrollo, es portador inconsciente; contradicciones que empujarán a las masas proletarias instintivamente a acumular su energía social y a lanzarse contra el orden estable-

cido con una fuerza histórica que no ha tenido parangón en los siglos anteriores. La era geohistórica del capitalismo ha tenido un desarrollo excepcional, llevando al mundo a un punto tal que el capitalismo, tras haber exaltado las masas de las fuerzas productivas, su acumulación y su concentración cada vez mayor, tendrá que hacer frente a la poderosa reacción antagónica representada por la clase proletaria internacional. El capitalismo se ha impuesto y desarrollado gracias a la división de la sociedad en clases, y en particular al antagonismo entre la clase dominante burguesa y la clase dominada proletaria. El equilibrio que permite al capitalismo acumularse y concentrarse cada vez más se romperá inexorablemente por el propio desarrollo del potencial productivo y económico general, abriendo una fase histórica explosiva y revolucionaria. Pues bien, seguros de que esa fase histórica se abrirá en algún momento, los marxistas revolucionarios, al constituir el partido de clase sobre las bases fundamentales del socialismo científico, han previsto y prevenido que en esa fase las formas de producción existentes, las formas capitalistas y burguesas de producción se harán añicos, al no poder resistir ya la extraordinaria presión de los antagonismos de clase, cediendo dialécticamente el paso a un nuevo sistema social de producción, a una nueva sociedad que no podrá ser otra cosa que el comunismo, la sociedad sin clases, la sociedad de la especie. Entonces, la sociedad en su conjunto superará finalmente los largos milenios de prehistoria, de deshumanización, para convertirse no en una, sino en la sociedad humana en la que las guerras, las opresiones, las desigualdades, con sus mistificaciones democráticas, religiosas e individualistas, acabarán en el basurero de la historia.

13 de marzo de 2026

NOTAS:

(1) <https://www.zeit.de/2022/53/angela-merkel-russland-krieg-wladimir-putin>; <https://kyivindependent.com/hollande-the-re-will-only-be-a-way-out-of-the-conflict-when-russia-fails-on-the-ground/>

(2) Véase https://www.agi.it/estero/news/2023-05-08/ucraina_clinton_usa_sapevano_attacco_putin.21283446/

(3) Véase <https://www.ilgiornaleditalia.it/news/esteri/640138/guerra-russia-ucraina-perche-falli-il-negoziato-nel-2022-putin-era-pronto-a-concessioni-per-kiev-le-trattative-di-pace-saltate-a-istanbul.html>

(4) Véase <https://www.piccolenote.it/mondo/quando-boris-johnson-uccise-pace-ucraina>



Visita el sitio
del Partido

www.pcint.org

Del populismo ... (viene de la pág. 5)

Podemos, como vicepresidente segundo y ministro de Asuntos Sociales y a Yolanda Díaz como ministra de Trabajo. Se trataba del primer Gobierno de la etapa constitucional abierta en 1978, con un cargo del Partido Comunista. Aunque en aquel momento el protagonismo recayó en Pablo Iglesias y en su partido, Podemos, como espectro de una supuesta nueva izquierda llamada a renovar el panorama político español, en poco tiempo se vería que la verdadera fuerza en juego, no ahora sino en los últimos ochenta años, era el Partido «Comunista».

En marzo de ese mismo 2020, la declaración del Estado de Alarma por la pandemia Covid-19, supuso el bloqueo económico del país, sobre todo en lo que tocaba a la clase trabajadora. Millones de proletarios, empleados en sectores que se consideraron no esenciales, fueron despedidos en el contexto de un *lock out* generalizado y patrocinado por el Gobierno. Los que mantuvieron el empleo, lo hicieron en condiciones similares a las que se viven durante un conflicto bélico, con fortísimas restricciones a la movilidad, supresión de los derechos básicos, etc. La respuesta del Gobierno fue, en el ámbito laboral, sancionar el paro patronal por motivos sanitarios, reforzándolo con una legislación *ad hoc* por la que el Estado se comprometía a pagar el 75% del salario a los trabajadores despedidos utilizando la figura jurídica del Expediente de Regulación de Empleo, es decir, forzaba a una buena parte de la clase proletaria a asumir una disminución de 25% de su salario (que nunca le sería devuelto) y se permitía a la patronal mantenerse al margen de la situación creada. El partido que llegó al Gobierno clamando contra el rescate bancario de 2012, hizo cargar sobre las espaldas de la clase trabajadora el peso de la crisis sanitaria sin ningún miramiento, reduciendo drásticamente el peso en las cuentas de resultados empresariales del coste de la fuerza de trabajo y asumiendo éste, a precio reducido, a cargo del Estado. Más, allá del terreno laboral, la crisis Covid-19 se saldó con centenares de miles de muertos por desatención sanitaria -no sólo en la Comunidad de Madrid-, colas de desempleados suplicando en las entidades benéficas por comida, etc. Un gran ejemplo de cómo se gobierna, sin ninguna piedad, a favor de los intereses burgueses y contra el conjunto de la clase proletaria.

Durante los meses posteriores, entre estados de alarma y concesiones a cualquier tipo de exigencia a una patronal que parecía enamorada de la ministra de trabajo «comunista», se impuso una drástica reforma del mercado laboral que, más allá de su consolidación legal en diciembre de 2022, comenzó, de hecho, en los días de la pandemia. El centro de esta reforma fue la generalización de los despidos a cargo del Estado como norma para afrontar las dificultades económicas en las empresas. Los ahora célebres Expedientes de Regulación Temporal de Empleo, mecanismos por los cuales las empresas pueden suspender los contratos de trabajo y el Estado proporciona un subsidio -limitado en tiempo y en cuantía- a los trabajadores perjudicados, se sumaron a la extensión del tipo *fijo-discontinuo* como forma contractual que permite a las empresas dejar de pagar a los trabajadores contratados en función de la carga de trabajo, de las necesidades coyunturales de la producción, etc. de nuevo con cargo a los subsidios de desempleo del Estado y siempre con las miras puestas en reducir costes de despido, de contratación, de formación, etc.

Estas fueron, de hecho, las vías jurídicas con las que se salió de una crisis económica, la de 2020-2022, cuyo fondo general, desde el punto de vista de la burguesía, fue el de un exceso repentino de fuerza de trabajo ante el evidente colapso de la producción y el comercio mundial. El gobierno socialista, con Podemos y el Partido «Comunista» flanqueándolo, puso a disposición de la burguesía tanto el arsenal legal necesario como su capacidad para contener cualquier respuesta que, por parte de los trabajadores, pudiera articularse contra estas medidas.

Porque la realidad es que la clase proletaria, si bien de manera dispersa y con una fuerza limitada, sí había hecho acto de presencia, tanto durante la crisis Covid-19 como en los meses posteriores, cuando las repercusiones de ésta sobre sus condiciones de vida todavía se hacían notar con fuerza.

Durante los primeros días de la pandemia mundial, cuando ya era obvio que la situación no estaba controlada, pero ni el Gobierno ni los empresarios parecían dispuestos a poner ninguna medida para preservar la vida de los trabajadores, en diferentes empresas del país fueron los proletarios los que se lanzaron a la lucha exigiendo medidas de prevención, la paralización de la actividad productiva, el cese del trabajo, etc. Así, los trabajadores de Mercedes Benz en

Vitoria, los de Vestas en Ciudad Real, etc. se movilizaron días antes de que el Gobierno impusiese un Estado de Alarma que no solucionó, sino que empeoró las condiciones de vida del conjunto de la clase proletaria.

Meses después, fueron los trabajadores del metal los que se lanzaron a la lucha. El episodio principal de este conflicto se vivió en Cádiz, donde a las escenas de enfrentamiento entre los trabajadores de las subcontratas y la policía nacional les siguió una evidente traición por parte de las organizaciones sindicales que, siempre de la mano del Gobierno, forzaron el fin de una lucha que arrastraba a miles de proletarios que luchaban contra el deterioro de sus condiciones de existencia. Pero no fue sólo en Cádiz donde tuvo lugar esta lucha. En Cantabria, en Cataluña, en País Vasco... desde hacía varios años, al menos desde 2019, resultaba más que claro que la clase burguesa se disponía a imponer una rebaja tajante en términos salariales para los trabajadores del metal, como consecuencia de una crisis que sólo se vio interrumpida, pero no solucionada, por la pandemia de 2020. La respuesta de los trabajadores de este sector fue clara: rechazo a las rebajas salariales y huelgas sectoriales para impedir las. Como decimos, los sucesos de Cádiz de 2021 fueron la escenificación más dura de un conflicto que recorrió a todo el sector del metal y que fue sofocado mediante la acción coordinada de las grandes centrales sindicales, el gobierno (con especial dedicación de la ministra «comunista» de trabajo, que, como sucedió en Cantabria, llegó a intervenir personalmente para forzar acuerdos) y la patronal. El resultado de esta acción del *gobierno más progresista de la historia* fue la rebaja del salario en todo el sector, la consolidación de los mecanismos de contratación y despido libre que ya se ensayaban desde la pandemia y la vía libre al sistema de subcontratación, regular e irregular, sobre el que se levanta el negocio empresarial en este sector.

La victoria lograda por parte de la burguesía y su Gobierno fue limitada. Pudieron imponer, siempre gracias a sus aliados sindicales y a la acción de los partidos «obreros», una solución que garantizase la paz social durante un tiempo. Pero en 2025, de nuevo en Cádiz, la renovación del Convenio sectorial del metal, que afectaba al grueso de los proletarios empleados en subcontratas y que durante estos años han padecido las consecuencias de los acuerdos de entonces, trajo una fortísima lucha que,

si bien fue menos espectacular en lo que se refiere a enfrentamientos (el año pasado el Gobierno ya se cuidó de dar una imagen como aquella de las tanquetas entrando a fuego en los barrios obreros) fue más profunda en lo que se refiere a capacidad de organización claridad en los planteamientos y fuerza movilizadora. Se demostró, que incluso sobre el terreno de la lucha inmediata en defensa de las condiciones de existencia elementales, del salario y las condiciones laborales, de la salud laboral, del tiempo de trabajo, etc. a la clase proletaria se la puede derrotar, pero no vencer...

A la vez que tenía lugar la imposición de un nuevo marco regulatorio en el mundo laboral, el gobierno de izquierdas tuvo que dar respuesta a la situación abierta por el inicio de la guerra de Ucrania. Por un lado, se alineó abiertamente con el bando imperialista occidental, encabezado entonces por Estados Unidos y con Alemania, Francia e Inglaterra como principales aliados. Esto supuso una disposición favorable a todas las medidas encaminadas a aumentar el gasto militar, al rearme del país, etc. que se exigían desde la OTAN y a la movilización militarista de la sociedad. No en vano, fue un miembro del Partido Socialista el que, desde su posición como miembro de la Comisión Europea lanzó el patético llamado a defender el «vergel» europeo frente al caos exterior, en lo que era un llamamiento para nada disimulado a prepararnos para un futuro en el que los proletarios deberán ser llamados, de nuevo, al frente de batalla.

Por otro lado, en lo que respecta a las consecuencias económicas de la guerra, la respuesta del Gobierno, ya sin Podemos y por lo tanto con una relevancia mayor del PCE en la figura de Yolanda Díaz, fue dar su mejor contribución para mantener estancados los salarios mientras que la inflación crecía mes a mes. Es decir, permitir que el incremento general de los precios fuese compensado por la contención del precio particular de la fuerza de trabajo y salvar así los márgenes empresariales, para los cuales la realización del beneficio resultaba más que dudosa.

Tanto en la guerra de Ucrania, como la posterior masacre israelí en Gaza y, ahora, con la guerra de Irán, el Partido Comunista y el Gobierno en general han mantenido una posición constante: apoyo abierto a las fuerzas del imperialismo euro-americano, crítica lacrimosa y estéril a sus socios israelíes, y disposición de todas las fuerzas económicas

y militares para la defensa de los intereses de la burguesía nacional. Tan sólo la peculiar posición de España, un país de segundo orden dentro de la OTAN y cuyo alcance internacional no va más allá del Mediterráneo occidental, le ha permitido poner una cara humanista y pretendidamente crítica, si bien de fondo siempre está el compromiso necesario e ineludible con sus aliados imperialistas.

La crisis de la izquierda no es tal. Durante los seis años en los que ha permanecido en el Gobierno, la izquierda, tanto socialista como populista y post estalinista (de PODEMOS a SUMAR e Izquierda Unida, ese es el recorrido) ha cumplido con su papel y lo ha hecho de manera exitosa. Ha logrado evitar cualquier protesta de la clase trabajadora como consecuencia de la dura situación por la que se ha pasado, ha neutralizado a aquellos estratos de ésta que han avanzado (siquiera tímidamente) posiciones propias y se han lanzado a la lucha... y, junto a todo ello, ha logrado imponer sin protestas un firme lineamiento nacional con las principales potencias imperialistas, colocando al país al lado del bando euro-americano en Ucrania y Oriente Medio. La izquierda en el Gobierno ha logrado, por lo tanto, formar un bloque homogéneo en defensa exclusiva de los intereses de clase de la burguesía en un momento en el que las consecuencias de la crisis de 2008-2014 todavía se notaban y los golpes que la crisis Covid-19 y las sucesivas guerras han dado a las condiciones de vida de la clase proletaria se han hecho notar con gran dureza.

En el juego democrático, el circo parlamentario ocupa un lugar de primer orden. La sucesión de gobiernos y oposiciones, las alianzas de partidos que en esencia representan los mismos intereses... forman parte del gran esfuerzo que la clase burguesa realiza para corromper al proletariado, para anular su tendencia natural a la lucha y subsumirla en una expectativa irracional de logra cambios y mejoras donde sólo hay continuidad y hostilidad hacia sus necesidades. La llamada izquierda, que en España representa la continuidad con el régimen previo a 1978 mucho más que una derecha por lo general débil y sin capacidad de mantenerse en el Gobierno o de realizar grandes cambios en algún sentido, juega un papel doble. Por una parte, es capaz de canalizar la ilusión de la clase trabajadora y de buena parte de las clases medias más débiles en términos económicos, hacia una siempre pendiente «reforma democrática»; por otro lado, y precisa-

mente por esta fuerza de convocatoria que tiene entre el proletariado, es capaz de imponer las medidas más duras en lo que se refiere a sacrificios sociales. Esta «izquierda» representa, siempre, una fuerza para las crisis burguesas, porque es capaz de minimizar el coste de estas neutralizando la amenaza que puede llegar a suponer la clase proletaria.

Los próximos años traerán, seguramente, un agotamiento de la fuerza que ha supuesto la coalición PSOE-PODEMOS-SUMAR. Pero esta situación no debe interpretarse como una crisis, en el sentido de una pérdida del norte de los partidos tradicionales del Parlamento (PSOE e Izquierda Unida) o de los recién llegados (el resto de SUMAR), sino como la consecuencia normal del desgaste que ha supuesto gobernar contra la clase trabajadora en un periodo tan complicado. Bastará que la derecha, en cualquiera de sus formas (ultra nacionalista, moderada o regionalista) llegue al poder, para que el mito de la defensa de la democracia, del antifascismo y del mal menor progresista vuelvan a cobrar la fuerza necesaria para que le sigan siendo útiles a la clase burguesa.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

La Rosa de Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj
08001 - Barcelona

Librería ANTI liburudenda
Maiatzaren Biko Kalea, 2,
Ibaiondo, 48003 - Bilbao

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

**¡Lean, difundan,
sostengan la prensa
internacional del partido!**

¡Suscríbíos!

- El programa comunista -
Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina: US\$ 1,5; USA-Cdn US\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

Cómo intentar borrar...

(viene de la pág. 1)

có la primera gran catástrofe (en árabe, al-Nakba) para los palestinos, obligados a huir al Líbano y a Jordania; ni Inglaterra, ni mucho menos Francia, intervinieron para evitar el éxodo forzoso de 700 000 palestinos de su tierra, ocupada militarmente por los israelíes. Un Estado judío convenía a todas las potencias imperialistas porque podría desempeñar, en su nombre, el papel de gendarme en una zona turbulenta y difícilmente gestionable tras su desmembramiento total; y acallaba la mala conciencia de las democracias imperialistas que, a pesar de conocer el destino de millones de judíos en los campos de concentración nazis, no hicieron absolutamente nada para detener aquel exterminio anunciado.

«Por lo tanto, una vez terminada la guerra, las democracias vencedoras favorecieron la migración de cientos de miles de judíos europeos desde Polonia, desde Alemania, de Rusia (llevando a cabo de este modo una gigantesca limpieza étnica en Europa Central y del Este y demostrando ser, en realidad, ejecutoras testamentarias de la voluntad nazi de poner fin a la «cuestión judía» en esta parte de Europa), y también desde el propio Oriente Medio hacia Israel, su nueva patria. Así, el imperialismo —bajo un ropaje formalmente democrático o no— esperaba atenuar, si no pacificar, un Oriente Medio que, por el contrario, se perfilaba como una zona en la que los contrastes étnicos, religiosos, políticos y económicos de los pueblos que lo habían habitado desde siempre se cruzarían, agravándose, con los intereses contrapuestos de las diversas potencias imperialistas. Mientras tanto, a lo largo de las décadas a partir de 1948,

Israel se ha convertido en un país muy avanzado desde el punto de vista capitalista y con importantes aspiraciones expansionistas, aspiraciones que solo pueden materializarse a condición de someter a toda la población palestina para que no pueda perjudicar de ningún modo los intereses de Tel Aviv de apropiarse de todo el territorio de Palestina, incluso a costa de exterminar a toda la población palestina» (1).

Exterminar a toda la población palestina: eso es lo que Israel nunca ha dejado de intentar y lo que ha seguido haciendo de forma mucho más planificada y feroz bajo el pretexto de la incursión de Hamás de octubre de 2023 en kibutz israelíes, en los que murieron 1200 personas y otras 250 fueron tomadas como rehenes, bombardeando intensamente toda Gaza e incitando al mismo tiempo a los colonos sionistas a ocupar otras tierras palestinas en Cisjordania

utilizando toda la fuerza de que disponían bajo la protección del ejército israelí. Pero ya antes del fatídico 7 de octubre de 2023, Netanyahu, en su intervención ante la ONU el 22 de septiembre de ese mismo año, defendió sin rodeos el objetivo de Israel: **extender el territorio israelí desde el río Jordán hasta el Mediterráneo (en la perspectiva del «Nuevo Oriente Medio»), incluyendo Cisjordania y Gaza, Jerusalén Este y los Altos del Golán, como punto de partida para un nuevo proyecto «de paz» (2).**

Que este plan cuenta con el apoyo del presidente estadounidense lo anuncia el propio Trump en una rueda de prensa, junto con Netanyahu, el 5 de febrero de 2025 en la Casa Blanca (3). El plan prevé el control de la Franja de Gaza por parte de EE. UU., que promoverá su desarrollo inmobiliario hasta convertirla en una nueva «Riviera», denominada la «Costa Azul de Oriente Medio». ¿Y los palestinos que la han habitado desde siempre? Tendrán que elegir otra tierra donde ir a vivir porque esa ya no será suya; mientras tanto, son masacrados por el ejército israelí que, en dieciséis meses, desde octubre de 2023 hasta enero de 2025, ha destruido y dañado más del 60 % de los edificios, entre ellos hospitales y escuelas, y el 92 % de las viviendas, obligando a los habitantes a huir a la costa y a zonas de la Franja donde refugiarse que aún no habían sido alcanzadas por los bombardeos, pero que no eran en absoluto seguras, ya que fueron bombardeadas sistemáticamente en los meses siguientes. La población civil está sometida a una matanza continua, día y noche, hambrienta, pasando frío, sin medicamentos. Son decenas de miles los niños destrozados por las bombas y el frío, y se desconoce cuál es realmente el número total de palestinos muertos. Según Hamás, que sigue siendo «la autoridad» en Gaza a pesar de que, al parecer, han muerto 20 000 milicianos, los muertos desde el 8 de octubre de 2023 ascenderían a 71 800, y los heridos a más de 171 000. Pero bajo las toneladas de escombros hay sin duda otras decenas de miles de muertos a los que hay que sumar los palestinos fallecidos mientras esperaban ser evacuados a Egipto a través del paso fronterizo de Rafah y los enfermos que morirán mientras esperan ser trasladados fuera de Gaza. Israel no se ha limitado a bombardear Gaza, sino que ha impedido sistemáticamente que miles de camiones llevaran alimentos, agua, medicamentos, ropa, mantas, combustible etc. a Gaza y distribuir su contenido entre la población. Existe, por parte de Tel Aviv, un evidente plan de exterminio de la población palestina, compartido plenamente por Estados Unidos, que sigue abaste-

ciendo al gobierno de Netanyahu de armas, dólares y cobertura política y diplomática. Mientras tanto, planean juntos la nueva «Costa Azul de Oriente Medio» para los ricachones del planeta. Ante todo esto, ¿qué hace la mítica cuna de la civilización moderna, Europa? El canciller alemán Mertz ha sintetizado el pensamiento único europeo: **Israel hace el trabajo sucio por nosotros**, mientras que los diversos Macron, Meloni y compañía siguen despotricando sobre «dos pueblos, dos Estados» y siguen defendiendo el «derecho» de Israel —uno de los Estados más terroristas del mundo— a «defenderse» del «terrorismo antisemita» de origen palestino, iraní, suní, chiíta y cuantos otros calificativos se añadan con el tiempo; y siguen comerciando con Tel Aviv en los ámbitos de la tecnología, la agroalimentación y las armas. Los repugnantes discursos sobre la paz, la libertad, la igualdad de las naciones, el derecho internacional y otros cien términos vaciados de todo significado, se derraman constantemente sobre las manos ensangrentadas de los gobernantes de hoy como sobre las de los gobernantes de ayer, en un obscuro relevo del testigo, con el fin de que prevalezca Su Majestad el Negocio en función de la fuerza económica, financiera y militar de cada participante en el banquete.

Naturalmente, al igual que con todos los países que los imperialistas han destruido con la guerra, también en Gaza los grandes empresarios, respaldados por proyectos procedentes de las universidades más prestigiosas (parece que incluso italianas) al servicio de los poderosos, se han preparado para hacerse con un vasto territorio «liberado» a base de bombas de los rebeldes habitantes palestinos. El encargado de dar la noticia al mundo fue el cuñado de Trump, Jared Kushner, quien presentó en el *Foro Económico Mundial* de Davos el pasado mes de enero, auténtico cónclave de los mayores bandidos del mundo, una serie de diapositivas sobre el «futuro de Gaza», un negocio dirigido abiertamente por Estados Unidos a través del multimillonario israelo-chipriota Yakir Gabay. A este respecto, escribe «Il FattoQuotidiano» del pasado 22 de febrero: «en la *representación*, 180 vertiginosos rascacielos a estrenar se alzan sobre el paseo marítimo, actualmente en ruinas, con la promesa de un *turismo costero de élite*, y de opulentas «New Rafah», «New Gaza» y «New Khan Younis» que surgirán en un par de años en lugar de los actuales campamentos de tiendas de campaña» (4). La perspectiva, por lo tanto, es liberar a Gaza de las toneladas de escombros y de todos sus habitantes, para dar paso al nuevo turismo costero de élite. Pero bajo esos

escombros hay miles de cadáveres... No hay problema, los nuevos propietarios de Gaza han previsto hacer limpieza de los escombros y de su contenido, incluidos los cadáveres, arrojándolo todo al mar. Evidentemente, a esto se refería Kushner cuando terminaba su brevedis discurso con esta frase: «habrá trabajo y prosperidad para todos»...

Ante esta inmensa tragedia, no solo para el pueblo palestino, sino para toda la humanidad, porque anuncia que el futuro que nos reservan las burguesías imperialistas estará hecho de exterminios y destrucciones sin fin, los pueblos que se han ilusionado con poder contar con la piedad de los verdugos se han quedado mudos, anulados, completamente incapaces de cualquier reacción vital, y recurren al instinto de supervivencia que les queda para buscar ayuda en un dios, sea cual sea el nombre que se le haya dado, para que detenga con sus superpoderes las manos asesinas de los poderosos. Desde que el hombre, a lo largo de los milenios de su existencia, se construyó la idea de una fuerza sobrenatural para explicar lo que no lograba comprender basándose en los conocimientos que iba adquiriendo en su progreso productivo y social, ese dios, esa divinidad, se muestra perennemente ausente e injusta hacia las masas que sufren, pero siempre complaciente con las poderosas élites que gobiernan el mundo. Durante un largo tramo de su vida social, la humanidad ha progresado materialmente a través del desarrollo de sus fuerzas productivas, adaptando de alguna manera las creencias religiosas a los nuevos descubrimientos, a los avances del conocimiento en todos los campos. Pero, a pesar de que las ciencias naturales, en su avance, siempre han tenido como objetivo explicar lo inexplicable, la humanidad aún no logra romper definitivamente las cadenas ideológicas que la aprisionan en el sistema político, social y económico que la mantiene dividida en clases antagónicas. El sistema clasista, que somete a la gran mayoría de los hombres, con violencia y brutalidad cada vez mayores, a los intereses de una minoría dueña de todo, incluida la propia vida de la mayoría de los hombres, ha llegado históricamente al punto en que la solución económica y social de toda desigualdad, opresión, brutalidad, devastación, matanza y genocidio reside en la lucha de clases final y decisiva que enfrenta a las fuerzas productivas representadas por el proletariado, los trabajadores asalariados, el *trabajo vivo*, y las fuerzas que representan al capital, la propiedad privada, la explotación del trabajo vivo para valorizar el *trabajo muerto*, en esencia el capital.

Como en toda época histórica, tam-

bién en la actual era capitalista las cadenas ideológicas antes mencionadas no se romperán gracias a la fuerza de ideologías opuestas, de ideas diferentes y nuevas, de nuevas y más amplias «tomas de conciencia» por parte de la mayoría de los individuos que habitan el planeta, sino por un enfrentamiento titánico e «inconsciente» entre las fuerzas productivas, las masas proletarias, y las fuerzas sociales del capitalismo interesadas en mantener en pie el modo de producción capitalista, es decir, el poder de las clases burguesas que representan sus intereses generales y particulares. Este enfrentamiento, que nosotros llamamos revolución, viene dictado por el propio desarrollo histórico de las contradicciones que el capitalismo genera y amplía cada vez más. Al igual que en la naturaleza el movimiento magmático en las entrañas de un volcán, al alcanzar un determinado grado de calor y de fuerza disruptiva, empuja hasta hacer saltar el tapón que le impedía fluir libremente; así, en la sociedad, el movimiento proletario, que acumula en las entrañas del capitalismo un determinado grado de tensión y de fuerza disruptiva, empujará hasta hacer saltar el «tapón» — las formas de producción capitalista, es decir, el sistema salarial y la división en clases de la sociedad defendidas por el poder político de la burguesía —, que impide el desarrollo de las fuerzas productivas orientado a satisfacer exclusivamente las necesidades vitales de la sociedad humana, destruyendo sistemáticamente, y en un período ciertamente no breve de la historia, todos los obstáculos políticos, económicos, institucionales y culturales representados por la burguesía y por el modo de producción capitalista sobre el que esta asienta su poder.

Entonces el futuro de cada pueblo, de cada nación, en un largo proceso de unión y fusión de todos los pueblos y de todas las naciones en una única sociedad humana, en una sociedad finalmente de toda la especie, verá la luz. Pero todo este proceso histórico requerirá, como ya se demostró durante la Comuna de París de 1871 y durante la Revolución de Octubre de 1917, una lucha sin tregua contra todo lo que representa la vieja sociedad capitalista y burguesa, erradicando política, económica y socialmente, cultural, ideológicamente cada uno de sus componentes, ya que representa un legado reaccionario listo para volver a crecer y regenerar la mala planta del capitalismo.

Pedir a los torturadores que no torturen, a los masacradores que no masacren, a los opresores que no opriman, a los violadores que no violen es

una ilusión que se paga cara, porque seguirán torturando, masacrando, oprimiendo, violando. Todo esto debe impedirse por la fuerza, con una fuerza capaz de detenerlos, de atemorizarlos, de eliminarlos, una fuerza tan poderosa y amplia que solo el proletariado revolucionario y su dictadura de clase pueden poseer. Guerras coloniales, guerras de expolio, guerras locales, guerras mundiales, guerras de baja y alta intensidad, guerras siempre y en cualquier caso para conquistar un mercado, para apoderarse de un pedazo de territorio económico, para impedir que los competidores hagan lo mismo: esto es lo que la sociedad burguesa ha asegurado hasta ahora a la humanidad. El exterminio de Gaza y la eliminación de los mapas de lo que una vez fue Palestina es solo uno, y de los más feroces hasta ahora, de los ejemplos de lo que la burguesía es capaz de hacer, y no solo por codicia (que siempre está presente), sino porque es su forma de sobrevivir en una época en la que, históricamente, su existencia ha entrado en un túnel sin salida, en un túnel que conduce directamente a la tercera guerra mundial, a una carnicería que no tendrá parangón con respecto a las dos guerras mundiales anteriores. El miedo a desaparecer de la faz de la tierra que la burguesía está madurando en su interior la lleva a reaccionar con una violencia cada vez más mortífera ante cualquier obstáculo que se interponga ante sus intereses de poder. Y si el obstáculo lo representa una población, como la palestina, que no se deja esclavizar sin reaccionar, entonces la burguesía dominante pasa a su aniquilación. Y que esta operación de aniquilación sistemática de todo un pueblo no es en absoluto fácil, ni siquiera para un ejército poderoso y tecnológicamente muy avanzado, como el israelí, lo demuestra el hecho de que Israel haya tenido que recurrir al gigante estadounidense no solo como proveedor de armas, dólares y protección política a nivel mundial, sino también como socio en la apropiación de los territorios palestinos, garantizándole la copropiedad una vez eliminados sus antiguos habitantes.

Por lo tanto, confiar en la ONU, en el «derecho internacional», en las «buenas relaciones» con Washington y Tel Aviv, para intentar... detener un genocidio en curso, confiar en el concepto de democracia, que hace tiempo que ha perdido por completo toda influencia beneficiosa sobre los poderosos del mundo, porque no «exageren» al matar, torturar y violar a los seres vivos y al medio ambiente, significa dar vía libre precisamente a esos poderosos del mundo que utilizan a su propio pueblo y a los demás pueblos con el único fin de defender y reforzar sus propios privilegios, su propio poder.

(sigue en pág. 10)

Cómo intentar borrar...

(viene de la pág. 9)

La respuesta, que solo el proletariado podrá dar, está en su lucha de clases, en su reorganización de forma independiente y exclusivamente en defensa de sus propios intereses de clase — que son los intereses de la mayoría de la población mundial —, en su reivindicación de la necesidad de utilizar su fuerza, social, política y, en el futuro, militar, con vistas a la revolución anti-burguesa y anticapitalista, transformando la guerra burguesa, imperialista e interestatal en una guerra de clases, la única guerra que tiene como objetivo el fin de toda opresión y, por tanto, de toda guerra.

El proletariado, con su revolución de clase, borrará así, no solo de los mapas, sino de la historia de la humanidad, el poder burgués, sus Estados, sus infamias, sus masacres. Es desde esta perspectiva que los comunistas se sitúan al lado de la lucha por la supervivencia de los proletarios palestinos que tienen la desgracia de haber sido utilizados durante décadas por su burguesía, dividida en facciones enfrentadas, como trabajadores explotados duramente en su propia tierra y como carne de cañón cada vez que Israel y cualquier otro Estado árabe y no árabe de la región de Oriente Medio tenían interés en desviar la fuerza de los combatientes palestinos ora contra uno ora contra otro Estado considerado «enemigo», cuando el verdadero enemigo principal que los proletarios palestinos siempre han tenido era y es ante todo en su propia casa.

15 de marzo de 2026

NOTAS

(1) Véase *¿Cuál es el futuro de los palestinos de Gaza?* Posición adoptada el 5 de junio de 2025, publicada posteriormente en «il comunista», n.º 187, mayo-julio de 2025.

(2) Véase *Oriente Medio: Israel, brazo armado del imperialismo estadounidense, desata la guerra contra todos aquellos que se oponen a los intereses de poder de Washington, a cuya sombra emergen los intereses israelíes de poder regional*, en «il comunista», n.º 184, diciembre de 2024.

(3) Véase <https://www.tpi.it/esteri/piano-trump-riviera-gaza-cisgiordania-202502051161299/>

(4) Véase *Reconstruir Gaza o convertirla en colonia*, «Il FattoQuotidiano», 22 de febrero de 2026. El término inglés *rendering* se refiere al proceso mediante el cual un modelo 3D digital se transforma en una imagen realista o estilizada, similar a una fotografía. *Coastaltourismd'élite*: turismo costero de élite.

El movimiento eslabón inseparable del

Reproducimos a continuación un artículo aparecido en El Proletario, órgano del Partido Comunista Internacional para América Latina, número 11, mayo-agosto de 1981.

Se trata de un texto que plantea los términos generales en los que debe producirse la reanudación de la lucha de clase en el área latinoamericana (que abarca desde la Patagonia hasta el sur de los Estados Unidos, componiendo una región histórica y socialmente homogénea). En 1981, cuando se publicó por primera vez, la situación era muy diferente a la actual. Por un lado, todavía podía esperarse un auge de la lucha clasista del proletariado, siquiera sobre el terreno inmediato, en un futuro cercano. Por otro lado, nuestro partido, pese a sus modestas fuerzas numéricas, mantenía cierta implantación política sobre el terreno.

Han pasado cuatro décadas desde entonces. Evidentemente las expectativas más optimistas acerca de una posible reanudación de la lucha de clase, no se han cumplido y, además, la crisis de 1982-84 en nuestro partido nos privó de buena parte de la base existente en la región. Pero pese a ello, las fuerzas del proletariado latinoamericano, ahora extendido también por Europa y en más amplias regiones de Estados Unidos, han aumentado en términos objetivos. Es por ello que un texto como el que ahora volvemos a publicar, que sintetiza el balance histórico de las luchas de esta clase proletaria explotada y oprimida como la que más, no ha perdido ni un ápice de su valor.

«Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía invade el mundo entero. Necesita establecerse por doquier, explotar por doquier, crear vínculos por doquier. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía da un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran lamentamiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. [...] obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las construye a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza».

Así escribían Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, hace 133 años. Al modelar el mundo «a su imagen y semejanza», el capitalismo unifica y hace homogéneas las condiciones sociales de los centenares de millones de proletarios de todos los continentes, sometidos a las mismísimas leyes de repro-

ducción del Capital, las que tienen los mismísimos efectos por todas las latitudes y longitudes.

A esta naturaleza internacional de la clase, materialmente determinada, corresponde un programa internacional único para las clases obreras de todos los países. El Manifiesto así lo resume: «*constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado*», a fin de «*arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado en clase dominante*»; y esto «*naturalmente, sólo podrá realizarse al principio por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones de producción burguesas*».

Este programa internacional único fruto de «*concepciones teóricas que no se basan en modo alguno en ideas ni principios inventados o descubiertos por este o aquel reformador del mundo*», si no que «no son más que la expresión general de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se desarrolla ante nuestros ojos», es el programa de la revolución proletaria mundial.

La homogenización de las condiciones materiales a escala internacional por el capitalismo da lugar asimismo a una

proletario latinoamericano, movimiento proletario internacional

homogeneización del curso del movimiento proletario, también internacional por su desarrollo. El capitalismo, al internacionalizar sus relaciones económicas y sociales de producción, vuelve igualmente internacional la lucha de clases.

Toda la historia moderna prueba que el curso histórico del movimiento obrero está determinado a escala internacional, por los grandes acontecimientos de la lucha de clases mundial, y ello no obstante sus diferentes grados de madurez política e histórica en las diferentes áreas.

El movimiento proletario en Rusia nace como prolongación del movimiento proletario europeo, y su victoria revolucionaria no sólo desencadena la ola revolucionaria europea en la primera postguerra, sino también el despertar de un movimiento obrero independiente en el Oriente.

El movimiento proletario en Latinoamérica siempre estuvo íntimamente ligado a las vicisitudes del movimiento obrero internacional. Históricamente, ha surgido como una verdadera prolongación física del proletariado europeo: fueron los inmigrantes los que dieron a luz a la clase y al movimiento obreros en América Latina. Y trasplantaron con ellos, del Viejo al Nuevo Mundo, las tradiciones y corrientes políticas que imperaban allí, es decir, las tradiciones socialistas, anarquistas y sindicalistas. Y, como en Europa, han sido protagonistas de memorables batallas clasistas, habiendo creado así mismo las primeras organizaciones obreras importantes, en los moldes de los partidos, sindicatos y cooperativas europeas.

La guerra imperialista y la Revolución de Octubre tuvieron sobre el movimiento obrero latinoamericano efectos análogos a los que se verificaron por doquier, precipitando a los países del subcontinente en una tremenda crisis, la guerra dio impulso a una oleada de luchas obreras, mientras el formidable magnetismo del Octubre Rojo provocó la polarización del movimiento político y la formación de partidos comunistas en los principales países (Argentina, 1920; Chile, 1922; Uruguay, 1920; Brasil, 1922; México, 1919).

Sin embargo, naciendo de un movimiento social y político «atrasado», a

imagen de las condiciones sociales y políticas del subcontinente, estos partidos se formaron sobre bases doctrinales más que confusas. Dados a luz por el movimiento internacional de la clase obrera revolucionaria, sólo hubieran podido convertirse en guías de los destacamentos proletarios latinoamericanos si una labor tenaz y profunda de educación política, llevada a cabo por el centro dirigente de la Internacional Comunista, que al contacto con las corrientes de alta tensión histórica que recorrían el mundo capitalista, operara en ellos una verdadera purga ideológica y política. Del mismo modo que el movimiento obrero espontáneo de América Latina había sido radicalizado por el movimiento obrero revolucionario de Rusia y Europa, también la consolidación de un movimiento comunista en Latinoamérica estaba íntimamente ligada a la afirmación del comunismo revolucionario, restaurado por Lenin y la IC, en el movimiento obrero de las metrópolis imperialistas de Europa y América. Sin embargo, es el último fue aniquilado, como fuerza de clase, por la contrarrevolución estalinista.

ooo

Hace 55 años se reunían en Moscú (febrero-marzo de 1926) el VI Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, en el que se entronizó la teoría del «socialismo en un solo país» que marca un trágico viraje para el movimiento obrero revolucionario mundial. Su proclamación representaba, en efecto, la renegación del internacionalismo proletario, uno de los pilares de principio que habían hecho posible su reconstitución, en 1919-20, con la fundación de la Tercera Internacional, sobre bases sólidamente marxistas, tras la vergonzosa bancarrota de la Segunda Internacional, arrastrada por el reformismo socialdemócrata hacia el pantano de la colaboración de clases y de la contrarrevolución.

Al pretender que se podría «construir el socialismo» en Rusia independientemente del éxito victorioso de la revolución proletaria mundial, o sea, al abrir las «vías nacionales al socialismo», en realidad se abrió el camino a la afirmación de la más profunda y catastrófica de las degeneraciones que el movimiento proletario haya sufrido-

jamás, expresión de la gangrena del partido ruso por las fuerzas políticas y sociales burguesas que despuntaban del subsuelo económico de una Rusia liberada de las trabas feudales y que cobraban vigor a medida que el movimiento comunista refluía en Occidente, esta teoría fue, dialécticamente, la premisa teórica que permitió que aquellas fuerzas, encarnadas en el estalinismo, transformaran al Estado ruso (tras haber diezmado el partido bolchevique) en un instrumento de la acumulación capitalista en Rusia, es decir, de su desarrollo nacional-burgués. A su vez, la Internacional y el movimiento obreromundial fueron puestos al servicio de la política nacional-burguesa del Estado ruso.

En este medio siglo, las sucesivas generaciones obreras han sido educadas en un espíritu y una visión estrechamente nacionales de su lucha (e incluso de su revolución). Por una parte, el infame «internacionalismo» estalinista no era sino la adhesión a las «razones de Estado» de Rusia; por otra, habiendo ya renegado de todo principio revolucionario, y hundidos hasta el cuello en la colaboración de clases y en las «vías nacionales al socialismo», que no son sino la vía única del parlamentarismo y del reformismo, los PC oficiales adhirieron a los principios del nacionalismo y de la «defensa de la patria» en el curso de la II guerra imperialista, en tanto que los estalinistas latinoamericanos, tras haber dado su apoyo al bloque de los Aliados (entre los cuales estaban los EE.UU. e Inglaterra, que eran los imperialismos dominantes en la región) quedaron reducidos a no ser sino los cornudos de las burguesías latinoamericanas.

Esta degeneración de los partidos nacional-comunistas permitió que las burguesías latinoamericanas destruyeran sin mayores dificultades al viejo movimiento sindical clasista e integraran (con el peronismo, el gertulismo y otros populismos) al proletariado en su política y en sus aparatos sindicales ligados al Estado capitalista.

Mientras la clase obrera europea era supeditada a un nuevo ciclo de acumulación capitalista tras la II guerra imperialista, el movimiento obrero latinoame-

(sigue en pág. 12)

El movimiento proletario latinoamericano

(viene de la pág. 11)

ricano, desprovisto de vanguardias de clase, fue a su vez disuelto en el movimiento nacional reformista burgués, directamente a través de partidos burgueses (como en Brasil, Argentina o México) o a través de los partidos «obreros» pequeño burgueses, como en Chile)

El proletariado latinoamericano, no menos que el proletariado de los otros

1973: Golpe de Estado en Chile: ¡Trágica experiencia que no debe olvidarse!

(Textos del partido N° 12, Septiembre de 2023, A5, 56 páginas, 2 €) - pdf

Sumario

- Hace 50 años el reformismo llevó al proletariado chileno al matadero (Agosto de 2023)
- Chile, a treinta años de distancia (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003; «el programa comunista» n° 45, 2004)
- El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003)
- Los errores que siempre cometeréis (Chile y la ilusión democrática) (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003)
- La lección de la tragedia chilena (Folleto, «le prolétaire» n° 180, 1974)
- La vía pacífica es la vía del suicidio y conduce a la masacre de la clase obrera («le prolétaire» n° 157, 1973; «il programma comunista» n° 17, 1973)
- La «Unidad Popular» se arrastra ante la pequeña burguesía («le prolétaire» n° 139, 1972; «Il Programma Comunista» n° 22, 1972)
- Chile, ¿patria de las vías pacíficas del socialismo? («le prolétaire» n° 93, 1970)

-Anexos:

- Fuerza, violencia dictadura en la lucha de clase (Extractos) (Amadeo Bordiga, «Prometeo», 1946-1948)
- En Chile, una nueva bancarrota de las ilusiones democráticas pequeño burguesas (Suplemento Venezuela n° 26 de «el programa comunista» n° 55, 2023)
- Pinochet: sacrificio del aliado de ayer en el altar del orden democrático burgués («le prolétaire» n° 449, 1999; «il comunista» n° 67, 1999)

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

continentes, ha sido en el curso de las cinco últimas décadas el gran ausente de la arena política en cuanto fuerza autónoma de clase.

Al reconstituirse tras la IIª guerra, nuestro partido mostró que la reanudación del movimiento obrero revolucionario tenía como condición objetiva la eclosión de una nueva crisis general del capitalismo. La previsión hoy se confirma. Impulsada por la crisis, la clase obrera está empezando a moverse a escala internacional. Las luchas que han inflamado a Latinoamérica en estos últimos años (Perú, Brasil, Argentina, Colombia, etc.) son un aspecto de este renacimiento de su lucha internacional.

Su carácter internacional ha sido enormemente potenciado a su vez en el último cuarto de siglo por la vertiginosa industrialización que creó en todos los continentes un numeroso proletariado moderno, unificando tendencialmente sus condiciones de vida a imagen de la unificación del capitalismo que estrecha y amplía la cerradísima trama del mercado mundial.

El movimiento obrero en Latinoamérica se manifiesta, pues, hoy más que nunca, como un componente de este movimiento internacional, siendo determinado como éste por las mismas consecuencias de la crisis general capitalista. Enfrentándose a los mismos adversarios, las burguesías locales coaligadas bajo la égida del capital financiero y del militarismo imperialista, y a los agentes estalinistas, socialdemócratas, laboristas, etc. de la burguesía en su seno, el movimiento obrero presenta hoy una alta uniformidad mundial de sus condiciones políticas que plantea por doquier las mismas exigencias y tareas esenciales: reconstruir su órgano internacional de clase, el partido comunista mundial, instrumento indispensable para volver al movimiento objetivamente sin fronteras de la clase obrera de todos los países una fuerza política que actúe de modo unitario, centralizado y disciplinado internacionalmente, a fin de destruir la constelación de todos los actuales Estados del mundo, bastiones de su opresión y explotación, e instaurar su propia dictadura de clase; reconstruir el asociacionismo obrero, es decir, su organización inmediata sobre bases de clase para hacer frente a la ofensiva generalizada del capitalismo, creando así no sólo un centro de defensa obrera, sino también una palanca poderosa de la movilización revolucionaria de las masas proletarias.

Minnesota :

Una de las armas más poderosas que utiliza la clase burguesa contra el proletariado es su capacidad para falsificar los términos de la verdadera lucha de clase e imponer una visión completamente dulcificada de ésta. De esta manera, los grandes hitos del desarrollo del dominio burgués, son presentados como victorias de la clase proletaria. La democracia pasa por ser no el sistema que la clase burguesa necesita para garantizar su vida comercial, industrial, etc. sino un «derecho logrado» por el proletariado. La segunda guerra mundial, una épica lucha por la libertad «antifascista» y no la masacre de proletarios por fines exclusivamente imperialistas como fue en realidad. Y así, en todos los niveles, desde los enfrentamientos inter imperialistas hasta las manifestaciones cotidianas de la explotación y la opresión, la realidad de la misma vida de la clase proletaria se presenta, una y otra vez, corrompida por la fuerza destructora de las clases burguesa y pequeño burguesa.

Muy a menudo, son las propias corrientes que se reclaman «de clase», «proletarias» e incluso «comunistas», las que propalan esta visión enajenada de la realidad. Ha sucedido, por ejemplo, con las movilizaciones contra el ICE y la política de expulsiones racistas del gobierno norteamericano, en la que tantos y tantos grupos supuestamente «marxistas» han visto el inicio de una lucha de clase a gran escala donde lo que había, en verdad, era un estrecho control de la pequeña burguesía sobre el proletariado a través de la imposición de sus medios y métodos de lucha.

Tomamos el ejemplo de la Internacional Comunista Revolucionaria (antes Tendencia Marxista Internacional), concretamente de su sección estadounidense, los Comunistas Revolucionarios de América (RCA), porque sirve para ejemplificar este tipo de desnaturalización, de la que hablamos: tratan de hacer pasar un ejemplo de movilización, importante y numerosa, sí, pero de tipo *popular* e interclasista, por un hito de la lucha proletaria. Con ello, ponen trabas al verdadero desarrollo de la lucha de clase que necesita, ante todo, claridad y rigor.

En su artículo *La huelga general de Minnesota de 2026: un punto de inflexión histórico*(1) del 26 de enero de

sobre la «huelga general» que no fue...

2026, el RCA escribe que «Minneapolis se ha convertido una vez más en el epicentro de la lucha de clases en Estados Unidos» y que «las protestas diarias posteriores y la resistencia civil generalizada contra el ICE culminaron en una huelga general de facto», durante la cual «cientos de miles de ciudadanos de Minnesota» sintieron que su ciudad estaba ocupada por agentes federales y, como los demócratas no ofrecían ninguna solución real, la gente común ha tomado el asunto en sus propias manos», y que «el 23 de enero de 2026 será recordado como un punto de inflexión en la historia de la lucha de clases estadounidense. (...) Era la primera vez que ocurría algo remotamente parecido en Estados Unidos en 80 años, desde la ola de huelgas de 1946, que provocó huelgas generales en Oakland, Rochester y otras ciudades. Además, se trató esencialmente de una huelga general política. No fue una acción económica por los salarios y las prestaciones, sino un acto abiertamente político, dirigido directamente contra el aparato represivo del Gobierno nacional. Se desencadenó en defensa de los trabajadores injustamente perseguidos por no poseer un documento concreto, y para protestar contra el descarado asesinato de ciudadanos estadounidenses por el delito de ejercer sus derechos constitucionales. En ella se puede discernir claramente el embrión de una conciencia de clase emergente. La huelga se extendió de forma orgánica a pesar de la falta de un liderazgo militante de lucha de clases, gracias en gran parte a la autoorganización de la clase trabajadora que tuvo lugar en reuniones vecinales y chats de Signal en las Ciudades Gemelas». La RCA concluye que «los comunistas deben estudiar estos acontecimientos de cerca y sacar sus conclusiones». Muy bien, hagámoslo.

Mientras que la RCA y otros medios de comunicación de la izquierda burguesa (Jacobin, Monthly Review, In These Times, etc.) hablan de una huelga general y basan sus conclusiones en el número de manifestantes, los titulares de los medios de comunicación y el ambiente emocional, el marxismo genuino debe sacar sus conclusiones de las relaciones materiales, del proceso de producción, de la posición de clase. No se puede negar que las protestas del 23 de enero fueron masivas. Pero la cuestión no

es semántica. Se trata del contenido real y el peso de las armas de la clase obrera: un proceso de huelga real, una polarización de clase real.

La llamada «sociedad civil» —una amplia coalición de organizadores comunitarios, líderes religiosos y activistas de ONG en Minnesota— «convocó una huelga general en todo el estado, a menudo descrita por los participantes como un «apagón económico» o Día de la Verdad y la Libertad» (Wikipedia).

Por su parte, los sindicatos comprometidos con la colaboración de clases se negaron a declarar la huelga. La AFL-CIO nacional no la apoyó; los sindicatos locales ofrecieron su respaldo verbal, pero advirtieron de la ilegalidad, la posible pérdida de puestos de trabajo e invocaron el marco contractual que limita las huelgas a la negociación colectiva (la «cláusula de no huelga»). No convocaron un paro laboral, y desde luego no en sectores económicos clave. Los discursos de los dirigentes sindicales fueron puramente simbólicos; en algunos casos, ni siquiera se celebró una votación sobre la huelga, ¡menuda forma de lucha obrera! Los hospitales invocaron el deber moral de prestar asistencia, y la UAW, con sus 1,1 millones de afiliados, no hizo nada para movilizarlos, limitándose a plantear la idea de una huelga general en 2028 y con ello han contribuido, como siempre hacen, a la parálisis que ha bloqueado a la clase proletaria en esta jornada.

No hubo un paro colectivo coordinado de los trabajadores de industrias estratégicas; no se paralizó la logística; no se interrumpió el suministro de energía a los centros de producción, las finanzas o la represión estatal. Las grandes empresas —Target, 3M, UnitedHealth, Xcel Energy— siguieron funcionando como de costumbre. La participación se limitó en gran medida a días de vacaciones, bajas por enfermedad o ausencias individuales... En estas condiciones, no se puede hablar de una huelga general. Los trabajadores no impusieron ningún «embrión de fuerza de clase». Más bien, el evento confirmó el dominio de la política colaboracionista de clases, impuesta tanto por la dirección sindical como internalizada dentro del propio movimiento obrero. Una parte de la pequeña burguesía pudo permitirse cerrar simbólicamente sus tiendas con un cos-

te mínimo. Eso no es una acción de clase proletaria. No fue una huelga general, sino una manifestación masiva combinada con «ausencias individuales al trabajo».

En lugar de analizar la debilidad objetiva del movimiento obrero, la RCA proclama una «nueva época». Las impresiones subjetivas del entusiasmo masivo sustituyen a los criterios objetivos de clase.

Así, la RCA puede escribir: «Cerca de 800 pequeñas empresas cerraron sus puertas durante el día, ya fuera por auténtica solidaridad política con el movimiento anti-ICE, por la presión de los empleados que querían participar, o por una mezcla de ambas cosas. Al principio, solo un puñado de pequeñas empresas habían anunciado cierres, pero a medida que aumentaba la presión para participar, docenas y luego cientos de pequeñas empresas siguieron como fichas de dominó. El resultado fue una cascada de cierres de pequeñas empresas. (...) Instituciones como el Museo de Ciencias de Minnesota, el Instituto de Arte de Minnesota y el Teatro Guthrie también cerraron». ¿Solidaridad política genuina, por parte de comerciantes burgueses o instituciones públicas? ¿Cómo pueden los propietarios burgueses expresar solidaridad política, es decir, de clase, con los proletarios inmigrantes?

El cierre de aproximadamente 800 pequeñas empresas, el cierre de museos, escuelas, etc. por parte de las propias instituciones «como muestra de solidaridad» no es una huelga. Si un propietario cierra un negocio, no se trata de una acción colectiva de huelga de la fuerza de trabajo contra el capital. Del mismo modo, si las instituciones públicas cierran «por el tiempo» (hipócritamente), eso no es una huelga. Aquí, la RCA confunde una acción de protesta interclasista con una lucha de carácter clasista de los trabajadores que interviene estructuralmente en la reproducción del capital.

Sin embargo, a pesar de las exageraciones y las fantasías, se puede obtener una imagen más precisa del propio texto de la RCA: «si bien no provocó un cierre total de los principales motores de la economía local, sin duda constituyó un

(sigue en pág. 14)

Minnesota

(viene de la pág. 13)

paro laboral generalizado, que afectó significativamente a la actividad económica del área metropolitana ese día. (...) la manifestación frente al aeropuerto de Minneapolis esa misma mañana... no logró cerrar el aeropuerto por completo». Manifestación, no acción en el lugar de trabajo. Las industrias clave y el aeropuerto funcionaron con normalidad, para satisfacción de la gran burguesía. Sin embargo, la RCA insiste en que fue una huelga general.

La RCA habla de chats de Signal, redes vecinales, reuniones comunitarias, indignación moral, y presenta todo esto como una organización de clase. Se trata de una movilización «política» interclasista, de activismo.

La lucha de carácter de clase se desarrolla a través de la polarización entre los proletarios, los trabajadores asalariados, los «sin reservas» y los capitalistas y su Estado; en las fábricas, los almacenes, los hospitales, en las calles, dondequiera que se produzca el choque entre el modo de producción capitalista y su conservación, y la afirmación de las necesidades materiales y sociales de la clase obrera. No en campañas de hashtags.

«el programa comunista» N°56, septiembre 2024

-Ucrania. Una guerra que sigue allanando el camino para futuras guerras en Europa y en todo el mundo.

- Porqué Rusia no es socialista.

- La guerra de España (4): el programa agrario de las organizaciones obreras (1936-1939). El proletariado industrial.

- Oriente medio:

. Los actos terroristas, hoy de Hamas, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras no pondrán fina la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania. ¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de Oriente medio, Europa y el mundo está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!

. De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente medio en los últimos 100 años.

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

La RCA afirma que «la capacidad de autoorganización, los rápidos cambios en la conciencia, el instinto de clase que sale a la luz y el enorme potencial para intensificar aún más el movimiento son absolutamente evidentes. Cientos de miles de habitantes de Minnesota corrientes están buscando un camino a seguir...». Sin embargo, la realidad es que los trabajadores no han sido capaces de romper las sofocantes restricciones de la llamada «cláusula de no huelga», ni de promover otros métodos y medios de lucha orientados a la clase; ni siquiera han alcanzado el nivel de lo que Lenin llamó en su día «conciencia sindical». Para la RCA, esta debilidad estructural del movimiento obrero no existe: la ausencia de un paro organizado de la producción, la subordinación a los límites impuestos por los sindicatos, el carácter interclasista de la acción, la defensa dominante de la «constitución», la falta de organización de clase (la organización de clase solo puede existir como organización contra el capitalismo). No se trata de deficiencias secundarias, sino de límites estructurales del movimiento obrero. Para la RCA, sin embargo, la única debilidad es que «falta un liderazgo político claramente definido para el movimiento», es decir, la ausencia de un partido revolucionario. Pero ni siquiera un partido revolucionario puede crear una huelga donde no existe una base material.

Calificar las protestas contra el ICE en Minneapolis como «el mayor punto de inflexión desde 1946» es devaluar las verdaderas huelgas generales históricas, diluir el significado de los conceptos y disminuir la importancia de la lucha de clases. La inflación de términos como huelga —de hecho, huelga general— y lucha de clases conduce a la desorientación del proletariado y socava la seriedad de la necesidad de desplegar estas armas y entrar en el terreno de la lucha genuina de carácter de clase.

Cuando la RCA declara que las manifestaciones masivas y la «ausencia del trabajo» permitida son una huelga —y en este caso una huelga general—, crea una ilusión de fuerza, oculta las debilidades y dificultades reales y rebaja el nivel de la lucha de clases. El proletariado necesita la verdad y una orientación adecuada, no mitos movilizadores y trucos de marketing.

Una huelga real separa a los trabajadores de los empresarios capitalistas, agudiza el antagonismo entre las clases, expone el papel del Estado como defen-

sor del capital y obliga al capital a responder con represión (como en la huelga de los camioneros de Minneapolis de 1934, cuando hasta 35 000 trabajadores de la construcción se unieron en solidaridad, la policía disparó a dos huelguistas 100 000 personas asistieron a su funeral y el resultado fue el fin de la resistencia de los patronos).

Una huelga enseña a los trabajadores a través de la experiencia: la confrontación, la disciplina colectiva, la organización, la creación de comités de huelga, la construcción de una red militante que coordine los lugares de trabajo... El resultado real de sus luchas —ya que solo ganan ocasionalmente y de forma temporal— no es el éxito inmediato, sino la unificación cada vez mayor de los trabajadores, su organización en una clase, el afilado de sus propias armas, la preparación para la lucha política y revolucionaria, ya que toda lucha de clases es, en última instancia, una lucha política.

¿Conclusión? Minnesota fue testigo de importantes protestas, momentos de radicalización política, expresiones de ira. Sin embargo, no fue una huelga general, ni un paso hacia ella; no fue un ataque del capital desde posiciones de clase, ni una transición a una forma superior de organización de clase (de «económica» a «política»).

La tarea de los comunistas genuinos no es exagerar ni desmoralizar, sino, en el espíritu del análisis materialista, nombrar claramente las debilidades, permanecer en contacto con la clase obrera y su lucha diaria en oposición al capitalismo y la opresión burguesa, apoyar cualquier lucha proletaria que rompa con la paz social y rechace la sumisión al colaboracionismo interclasista, y apoyar todos los esfuerzos hacia la reorganización del proletariado sobre la base de la asociación económica, con la perspectiva de un amplio renacimiento de la lucha de clases, el internacionalismo proletario y la lucha revolucionaria anticapitalista.

En otras palabras, indicar el camino hacia la verdadera organización de clase mediante el rechazo de la ilusoria solidaridad interclasista, y ayudar a restaurar la huelga —no el «día de acción», el «apagón económico» o las marchas pacifistas masivas— como el arma genuina del proletariado.

(1) <https://communism.ie/the-2026-minnesota-general-strike-a-historic-turning-point/>

Lucha de clases y «ofensivas patronales»

Tomado de « Battaglia comunista », nº 39, 19-26 de octubre de 1949.

Ayer

Los errores en la práctica de la lucha proletaria o las desviaciones ruinosas de la misma, que caracterizaron históricamente la época de la Primera Guerra Mundial y, en la Segunda, la época de la guerra y la posguerra, están estrechamente relacionados con la pérdida de los pilares críticos del método marxista.

Marx coordinó la previsión del levantamiento revolucionario de los trabajadores con las leyes económicas del desarrollo capitalista.

Los revisionistas del marxismo han querido encontrar el sistema equivocado, basándose en el retraso de un siglo en el que se encontraría *nuestra* revolución, mientras que Marx, debido a las condiciones cambiantes de los medios de comunicación y conexión mundial, previó un avance más rápido que el de la revolución burguesa, y pretenden que esas leyes eran erróneas y que la evolución más moderna del régimen burgués haya desmentido la tesis central: cada vez más riqueza en un polo, cada vez más miseria en el otro.

Y desde hace cincuenta años se citan las estadísticas del aumento del salario, del aumento del alcance y del consumo del trabajador industrial, los resultados del vastísimo engranaje de las reformas sociales que tienden a sacar de la hambruna absoluta a los trabajadores expulsados del ciclo de la actividad asalariada por accidente, enfermedad, vejez y desempleo. Y, por otra parte, se pretende que la ampliación de las funciones de la maquinaria central del Estado, su supuesto control sobre los altos rendimientos y los excesos de la especulación capitalista, su distribución a todos de beneficios y servicios sociales y colectivos, tuvieran el valor de un sustituto de las exigencias socialistas.

Todo ello, en la visión revisionista, tendía a dibujar la posibilidad «progresiva» de una distribución cada vez mejor de los ingresos de la producción entre quienes habían participado en ella, reduciendo cada vez más la poderosa aspiración socialista a la bajera de una campaña de untuosos filántropos en nombre de la estúpida palabra «justicia social», bagaje teórico y literario anterior a la obra de Marx y por ella exterminado sin piedad.

El capitalismo pasó del poema arcádico

a los horrores de la tragedia por la loca carrera monopolística e imperialista que tuvo su primer desenlace en la guerra de 1914; y la evidencia de que, cuando persiste, vive y crece, también crecen y se extienden la miseria, el sufrimiento y la matanza, se refleja en un vigoroso retorno de los partidos obreros a las posiciones radicales y a la batalla que tiene como objetivo la destrucción, no la enmienda, del sistema social burgués.

Tras la prueba teóricamente aún más decisiva de la Segunda Guerra Mundial, los años que pasan plantean el grave problema de la falta de reacción revolucionaria de los métodos de acción proletaria en el mundo.

La ley general de la acumulación capitalista es expuesta por Marx en el Libro I de *El capital*, capítulo XXIII. El primer párrafo muestra que el progreso de la acumulación tiende a hacer subir el nivel de los salarios. La difusión de la producción capitalista a gran escala, como en el ejemplo inglés desde principios del siglo XV hasta mediados del XVIII, y como, por lo demás, en todo el mundo moderno en la segunda mitad de este último, con la demanda de un mayor número de asalariados, hace que «*se produzca un aumento de los salarios*». Por lo tanto, es inútil intentar refutar a Marx con el argumento de que los salarios de los siervos del capital no han bajado. Porque inmediatamente después de las palabras citadas, Marx escribió otras: «*Las circunstancias más o menos favorables en las que los asalariados se mantienen y se multiplican no cambian en nada el carácter fundamental de la producción capitalista*».

Y este carácter fundamental, la ley general de la que se trata, no lo fija Marx solo en la relación obrero- patrón, sino en la relación entre las dos clases en su conjunto. La composición de estas varía continuamente. En la clase burguesa, la riqueza acumulada se concentra dividiéndose en un número cada vez menor de manos y, sobre todo, en un número cada vez menor de grandes empresas. El objetivo de esta perspectiva es expresamente el «límite que se alcanzaría en el momento en que todo el capital social se reuniera en manos de un solo capitalista o de una única asociación de capitalistas». Engels comentó en 1890 que esta previsión de 1864 se había verificado en «los trusts estadounidenses e ingleses

más modernos». El entonces marxista radical Kautsky reiteró veinte años después que el fenómeno se había extendido por todo el mundo capitalista. Lenin desarrolló en 1915 la teoría completa del imperialismo.

La escuela marxista tiene los materiales para completar el texto clásico con las palabras: «... *o incluso en el Estado capitalista nacionalizador; ya sea dirigido por Hitler, Attlee o Stalin*».

Desde el otro lado de la trinchera social, Marx sigue en ese análisis central, como en toda su obra, no la oscilación de la gracia, sino la composición de la población no propietaria y su variable distribución en el ejército industrial de reserva. Y construye su ley general en el sentido de que, con la difusión y la acumulación del capitalismo, pase lo que pase con el salario de los trabajadores momentáneamente ocupados en las empresas, crece el número absoluto y relativo de todos aquellos que están en reserva sin tener siquiera los ingresos del trabajo de sus propios brazos. En el cuarto párrafo del mismo capítulo, llega a la enunciación de la ley en cuestión, que se conoce con el nombre de ley de la miseria creciente: «*La magnitud relativa del ejército industrial de reserva crece junto con las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor es el ejército de reserva en relación con el ejército activo del trabajo, mayor es la superpoblación estancada, cuya miseria es inversamente proporcional a su tormento laboral. Y, por último, cuanto más vastas son las capas de lázaros de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, mayor es el pauperismo oficial*».

Para el economista filisteo, la miseria y el pauperismo consisten en no tener qué comer. Según el monje católico citado por Marx, la caridad se encarga de ello; según los conquistadores actuales de América, la UNRRA. Para Marx, la miseria es aquella por la que el Lázaro proletario, debido a la incesante «expansión y contracción» de la empresa burguesa, entra y resucita de la tumba de la falta diaria de medios, y esta miseria crece porque crece desmesuradamente el número de los que se encuentran encerrados en las barreras de estas dos alternativas: trabajar para el capital o pasar hambre.

La obsesión de los revisores de Marx era que este había comenzado a revisar

(sigue en pág. 16)

Lucha de clases...

(viene de la pág. 15)

su propio yo de 1848 al escribir *El capital*. La prueba de que nunca habían entendido a Kolaroff reside en el hecho de que el propio Marx cita en esta nota su escrito anterior al propio *Manifiesto: La miseria de la filosofía*, escrito contra *La filosofía de la miseria de Proudhon* en 1847. La referencia a la nota se encuentra inmediatamente después de las palabras: «Este carácter antagónico de la producción capitalista». El pasaje autocitado en la nota dice que las relaciones de producción actuales «*producen la riqueza de la clase burguesa solo destruyendo continuamente la riqueza de los miembros individuales de esta misma clase y creando un proletariado cada vez más numerosos*».

Este es un punto central del marxismo, es más, su piedra angular, que se mantiene *cada vez más firme* en el curso histórico 1847-1874-1949. Proletario es el miserable, es decir, el que no tiene propiedades, el que no tiene reservas, no el mal pagado.

La palabra la encuentra Marx en un texto de 1774, según el cual cuanto más proletarios tiene un país, más rico es. «*Es proletario, define Marx, el asalariado que produce capital y lo valoriza, y es arrojado a la miseria tan pronto como se vuelve superfluo para las necesidades de valorización del «Se-*

ñor Capital»». Con infinita perspicacia, Marx se burla del otro autor que habla del «proletario de la selva virgen». El habitante de esta es su propietario, no es un proletario: «*Para que lo fuera, sería necesario que, en lugar de servir él al bosque, fuera el bosque el que le sirviera a él*».

El entorno de la peor barbarie es este bosque moderno que se sirve de nosotros, bosque de chimeneas y bayonetas, de máquinas y armas, de extrañas bestias inanimadas que se alimentan de carne humana.

Hoy

La situación de todos los que no tienen reservas, reducidos a tal estado porque dialécticamente ellos mismos son una reserva, se ha visto terriblemente agravada por la experiencia de la guerra. La naturaleza hereditaria de la pertenencia a las clases económicas hace que no tener reservas sea más grave que no tener vida. Tras el paso de las llamas de la guerra, tras los bombardeos intensivos, los miembros de la clase trabajadora, al igual que tras cualquier otra catástrofe, no solo pierden con toda probabilidad su empleo contingente, sino que también ven destruida esa mínima reserva de bienes muebles que en cada vivienda constituyen los enseres rudimentarios. Los títulos de propiedad del terrateniente sobreviven en parte a cualquier destrucción material, porque son derechos sociales consagrados a la explotación ajena. Y para escribir con letras de fuego la ley marxista del antagonismo, llega la otra constatación al alcance de todos: que las industrias de la guerra y la destrucción son las que conducen a los máximos beneficios y a la máxima concentración de riqueza en manos de unos pocos. No se quedan atrás la industria de la Reconstrucción, y el bosque de los negocios y los planes Marshall y ERP elige al Gran Oficial Chacal como su digno Director General.

Las guerras han arrojado sin lugar a dudas a otros millones y millones de hombres a las filas de los que ya no tienen nada que perder. Han asestado un golpe de gracia al revisionismo. La palabra del marxismo radical debía resonar con fuerza: los proletarios no tienen nada que perder en la revolución comunista salvo sus cadenas.

La clase revolucionaria es aquella que no tiene nada que defender y ya no puede creer en los logros con los que se le engañó en la época de entreguerras. Todo se vio comprometido por la infame teoría de la «Ofensiva burguesa». La guerra debía dar lugar a la iniciativa y la ofensiva de aquellos que no tienen

nada contra la clase que lo tiene y lo domina todo, y en cambio resultó ser la plataforma de lanzamiento para las acciones de la clase dominante destinadas a quitarle al proletariado beneficios, ventajas y conquistas inexistentes de tiempos pasados.

La práctica del partido revolucionario se cambió por una práctica de defensa, protección y solicitud de «garantías» económicas y políticas que se pretendía que fueran adquiridas por la clase proletaria, cuando en realidad, eran garantías y conquistas burguesas.

No solo en la frase final, el *Manifiesto* había esculpido ese punto central, resultado de un análisis de todo el complejo social que años de experiencia y lucha habían desarrollado, sino también en otro de los que Lenin define como los pasos olvidados del marxismo: «*Los proletarios solo pueden apoderarse de las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo de apropiación y, con él, todo el modo de apropiación existente hasta ahora. Los proletarios no tienen nada propio que salvaguardar; solo tienen que destruir las seguridades y garantías privadas existentes hasta ahora*».

Fue el fin, en el ejemplo italiano, del movimiento revolucionario cuando, por orden del aún vivo Zinóviev, que pagó caro estos errores irremediables, se dedicaron todas las fuerzas a defender «garantías» como la libertad parlamentaria y el respeto constitucional.

El carácter de la acción de los comunistas es la iniciativa, no la réplica a las llamadas provocaciones. La ofensiva de clase, no la defensiva. La destrucción de las garantías, no su preservación. En el gran sentido histórico, es la clase revolucionaria la que amenaza, la que provoca; y a esto debe prepararla el partido comunista, no al tapar aquí y allá las supuestas fallas en el barco del orden burgués, que debemos hundir.

El problema del retorno de los trabajadores de todos los países a la línea de la lucha de clases radica en esta conexión reavivada entre la crítica del capitalismo y los métodos de la batalla revolucionaria.

Mientras no se aproveche toda la experiencia de los desastrosos errores del pasado, la clase obrera no escapará a la excesiva protección de sus alardeados salvadores de las ofensas, amenazas y provocaciones que puedan surgir mañana y que le resulten intolerables. Hace al menos un siglo que el proletariado tiene antesí y por encima de él lo que no puede tolerar, y cuanto más tiempo pase, más intolerable se volverá, según la ley de Marx.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

¡ Abajo el ataque imperialista contra Irán ! ¡ Guerra de clase contra el imperialismo y el capitalismo !

El ataque conjunto lanzado el 28 de febrero por Estados Unidos e Israel contra Irán, que ya ha matado a cientos de personas en Irán y a decenas en el Líbano, es estrictamente una guerra de agresión imperialista; su objetivo no es ayudar al pueblo iraní a liberarse de la dictadura de los mulás, ni contrarrestar las amenazas inminentes que plantea el régimen islámico, como declaró Trump, haciéndose eco de las mentiras sobre las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein, utilizadas en su día para justificar la guerra contra Irak. Todos los expertos militares coinciden en que Irán carece de los medios para amenazar a Estados Unidos y, según los negociadores, Teherán incluso había aceptado la exigencia estadounidense de abandonar el enriquecimiento de uranio. En cuanto al destino de la población iraní, para evaluar la poca preocupación de los imperialistas, basta con recordar el caso venezolano, donde Estados Unidos marginó a la «oposición democrática», prefiriendo llegar a un acuerdo con el régimen chavista, ya que este había demostrado su capacidad para mantener el orden social a pesar de las terribles condiciones de vida y de trabajo del proletariado. De igual manera, en Irán, esperaron, antes de lanzar la guerra, a que el régimen aplastara brutalmente las protestas de enero: frente a las masas rebeldes, los mulás oscurantistas y los capitalistas yanquis se aliaron porque pertenecían a la misma clase social de vampiros.

Para el proletariado, por lo tanto, es completamente inútil imaginar, como la oposición burguesa y pequeñoburguesa iraní, que los imperialistas estadounidenses e israelíes fueron a la guerra para establecer un régimen democrático. Además, desde su conferencia de prensa del 2 de marzo, Trump ya no menciona el cambio de régimen en Teherán como uno de los objetivos de la guerra.

El ataque israelo-americano busca, en realidad, reducir la influencia de Irán, que, debido a su riqueza petrolera, su población y su ubicación geográfica, está naturalmente destinado a desempeñar un papel destacado en el Golfo Pérsico y Oriente Medio. Sin embargo, desde el derrocamiento de la monarquía durante la revolución de 1979 y el establecimiento del régimen islámico, Irán, otrora un importante bastión del impe-

rialismo estadounidense (que había instalado al Sha en el poder), ha estado desafiando su dominio regional. Así es como Irán, junto con sus aliados (Hamás palestino, Hezbolá libanés, milicias iraquíes, el gobierno sirio y los hutíes de Yemen), formó un «eje de resistencia» destinado a oponerse al poder militar de Israel, el gendarme estadounidense de Oriente Medio. Pero desde hace algunos años, Israel, con el firme apoyo estadounidense, ha trabajado con éxito para romper sistemáticamente este eje, mientras que Estados Unidos se ha esforzado por estrangular económicamente la economía iraní mediante la imposición de sanciones cada vez más severas.

Los ataques actuales, que buscan doblegar a Irán, forman parte de este esfuerzo para establecer una preeminencia estadounidense indiscutible en Oriente Medio, una región cuya importancia estratégica es más grande que nunca en un período de crecientes tensiones interimperialistas: el 20 % del gas licuado y el 25 % del petróleo del mundo provienen del Golfo Pérsico, destinados principalmente a países asiáticos, y en especial a China, el rival de Estados Unidos...

Por su parte, los gobiernos occidentales se están alineando con Estados Unidos; el comunicado conjunto firmado por Alemania, Gran Bretaña y Francia el día del estallido de la guerra ¡condenó únicamente los ataques iraníes! Luego, el 1 de marzo, los mismos países afirmaron estar dispuestos a «llevar a cabo acciones defensivas» (¡sic!) «para destruir desde la raíz» las capacidades militares de Irán. El gobierno británico declaró que pondría sus bases militares en la región a disposición de las fuerzas armadas estadounidenses, mientras que el gobierno francés afirmó su determinación de apoyar a sus aliados en el Golfo. Los imperialismos europeos, indignados por las ambiciones estadounidenses de apoderarse de Groenlandia invocando el respeto al «derecho internacional», olvidan convenientemente que no son el objetivo de Washington: no quieren quedar fuera del botín ni ser excluidos a la hora de reestructurar el orden imperialista en Oriente Medio tras una derrota iraní.

La guerra actual es otra sangrienta manifestación de la creciente tendencia de diversos imperialismos, grandes y

pequeños, a recurrir a la violencia abierta y a la confrontación militar para defender sus intereses. Ya sea en Ucrania, Oriente Medio, Latinoamérica o cualquier otro lugar, esta tendencia está impulsando una carrera de rearme y el desarrollo del militarismo en todas partes; y es la causa del colapso del sistema internacional de la ONU establecido tras la Segunda Guerra Mundial, encargado de mitigar, aunque de forma imperfecta, los conflictos entre Estados. Acosado por dificultades económicas cada vez más acuciantes, el mundo capitalista se encamina inexorablemente hacia un nuevo conflicto mundial. Ningún llamamiento a la paz entre las naciones, ninguna denuncia de los «belicistas», ningún apoyo al Estado atacado contra los Estados agresores puede impedirlo: ¡el capitalismo en su conjunto es el belicista, todos los Estados burgueses son criminales!

La única fuerza que puede oponerse es el proletariado, víctima designada de las guerras, pero que, al mismo tiempo, es la fuerza cuya explotación sostiene al capitalismo y que, por lo tanto, tiene la posibilidad de paralizarlo combatiendo dicha explotación. Al reanudar la lucha independiente por sus propios intereses de clase, al rechazar sacrificios en nombre de la patria o de la economía nacional, al superar todas las divisiones de raza, nacionalidad, género, etc., al volver a descubrir sus armas de clase y su organización de clase, el proletariado de todos los países tiene la posibilidad de resistir a los capitalistas y a sus Estados aparentemente todopoderosos.

A partir de entonces, atrayendo tras suyo a la vasta masa de oprimidos, podrá emprender la lucha revolucionaria para derrocar al capitalismo y establecer su propio poder internacional y totalitario, la única manera de poner fin, junto con este modo de producción, a la explotación, las injusticias y las guerras que lo caracterizan.

Es por esta perspectiva que debemos luchar sin temor a ir a contracorriente hoy, porque ello es la clave del futuro.

¡ Proletarios de todos los países, uníos en la guerra de clase contra el capitalismo !

17 de marzo, huelga general en el País Vasco y Navarra :

Lucha de clase frente a todo tipo de nacionalismo, localismo o corporativismo

El 17 de marzo, los sindicatos ELA, LAB, Steilas, Hiru y Etxalde han convocado una huelga general en el País Vasco y Navarra para exigir que el salario mínimo interprofesional se sitúe, en ambas comunidades autónomas, en 1.500 euros.

Esta reivindicación es doblemente engañosa y peligrosa para la clase proletaria del País Vasco, de Navarra y del resto del país. En primer lugar, la exigencia de que se fije un salario mínimo especial para las dos comunidades en que se convoca el paro, implicaría que se concediese a los gobiernos de ambas el derecho a hacerlo, es decir, que se transfiriesen las competencias necesarias para ello desde el gobierno central a los

entes autonómicos. Es evidente que se trata de una exigencia que, más que en defensa de las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios vascos y navarros se dirige a reforzar el frente común con las burguesías locales vasca y navarra, siempre en liza con el Estado central para apuntalar y ampliar las prerrogativas legales adquiridas. De hecho, una reivindicación del tipo se coloca en la estela de la última ronda de concesiones que el Estado español está realizando tanto a las comunidades de País Vasco y Navarra como a Cataluña y a las puertas de un cambio sustancial del régimen de financiación autonómica que, con toda probabilidad, implicará la extensión del modelo de concierto fiscal que rige en las primeras primero a Cataluña y, después, posiblemente, a otras comunidades.

En segundo lugar, el simple hecho de enarbolar este tipo de reivindicaciones que buscan dividir a los proletarios por su lugar de origen o de residencia, que tienen como objetivo reforzar las diferencias que existen entre los trabajadores de País Vasco y Asturias o entre los de Navarra y La Rioja, colocan a los trabajadores para los que se exige esta ventaja comparativa como apéndices de su propia patronal: el objetivo a lograr sólo puede ser mantener un estatus superior al del resto del proletariado que queda vinculado a las exigencias que la burguesía local impone a la central y, en todo caso, a las necesidades de la primera. Todo un pacto de *solidaridad nacional* que aboca a los trabajadores a la *defensa de la economía vasca y navarra* como manera de mantener una situación privilegiada.

Por supuesto, la reivindicación no se logrará. Ninguno de los sindicatos convocantes tiene fe de ningún tipo en ello y simplemente se trata de movilizar a un proletariado que en los últimos años está dando muestras de ser capaz de luchar en defensa de sus verdaderos intereses de clase para que se sume al proyecto regionalista de su patronal, su Parlamento y su burguesía. Pero aún con muy escasas posibilidades de éxito, el simple hecho de que los sindicatos vascos y navarros lancen una convocatoria de este tipo, que sin duda cuenta con la aquiescencia de las autoridades y de los empresarios, ya tendrá un efecto completamente negativo entre los proletarios. Y veremos a la

llamada «mayoría sindical vasca», que de alguna manera pretende ser una alternativa al sindicalismo de concertación de los grandes sindicatos CC.OO., UGT o CGT, imponer no una huelga de clase, sino una movilización por la unidad nacional y en defensa de los intereses inmediatos y generales del empresariado vasco. Todo un entrenamiento para cuando, llegado el momento, los proletarios sean llamados a hacer otro tipo de sacrificios por la economía patria.

Ante los intentos de estas organizaciones (y de aquellas de la izquierda parlamentaria y extra parlamentaria) que les hacen el juego, de vincular la defensa de las condiciones de vida de los proletarios al triunfo de una u otra política burguesa, en este caso de consolidar la descentralización también en el ámbito de la legislación laboral, resulta igualmente peligroso oponer un modelo centralizador y anti autonomista. Si las competencias en materia de Seguridad Social y trabajo continúan en manos del Estado central... ¡estarán igualmente en manos de la clase burguesa! Poca o ninguna importancia tiene que la burguesía explotadora sea española o euskaldún. Los proletarios no pueden depositar ninguna confianza en el enemigo de clase. Sólo su lucha, el enfrentamiento sobre el terreno inmediato -en defensa del salario, de la reducción de la jornada de trabajo, contra la nocividad en las empresas, contra los despidos, etc.-, que es donde se enfrenta tanto con la patronal de la Ikurriña como con la de la rojigualda, tiene algún valor a la hora de imponer sus verdaderas exigencias de clase. La centralización o la descentralización, la confederación o el Estado unitario... son cuestiones que no tienen ninguna importancia para los trabajadores. Pero no porque la cuestión política, la cuestión del Estado (con su legislación, su ordenamiento territorial, etc.) le deba resultar indiferente (¡todo lo contrario!) sino porque en los términos en los que se plantea el enfrentamiento entre esa burguesía vasca que tiene como aliados a ELA, LAB, etc. y la burguesía española... la victoria de ninguno de los dos bandos podría reportarle ningún tipo de beneficio. Tanto la consigna nacionalista, hoy aguada en formas de

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

3. Partido y clase y dictadura proletaria

- Fuerza y violencia y dictadura en la lucha de clase (1946-1948)
- Invariancia histórica del marxismo (Reunión de Milán del 7 de septiembre de 1952, PCInternacionalista, 1952)

Diciembre de 2024

11

- sumario -

• Introducción

(Diciembre de 2024)

• Prefacio

(Febrero de 1972)

• Fuerza y violencia y dictadura en la lucha de clase

(Texto publicado en «Prometeo» N° 2 y 4 de 1946,

N° 5 y 8 de 1947, N° 9 y 10 de 1948. Publicado en castellano en el folleto «Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase», 1973, ediciones programme communiste)

- I. Violencia real y virtual

- II. Revolución burguesa

- III. El régimen burgués como dominación

- IV. Lucha proletaria y violencia

- V. Degeneración rusa y dictadura

• La invariancia histórica del marxismo

descentralización de tipo confederal, como la consigna de la unidad nacional son llamamientos que sus diferentes enemigos de clase lanzan para tratar de vincularlos a su campaña de guerra inter-burguesa.

Los proletarios del País Vasco y de Navarra han dado buenos ejemplos de lucha en los últimos años. El caso de Tubacex, en 2021, donde una huelga contra los despidos concitó la solidaridad y la organización de buena parte de los proletarios de la fábrica y fue ejemplo para trabajadores de otras muchas empresas y regiones, fue muy significativo. Como lo ha sido el de los trabajadores de Mercedes de Álava, que ya durante los primeros días de la pandemia dio ejemplo negándose a trabajar sin las medidas de seguridad necesarias. De hecho ambas fábricas, Tubacex y Mercedes, vuelven a afrontar conflictos ahora, en un ejemplo claro de que el proletariado debe luchar siempre y en todo momento, porque el enemigo que tiene enfrente siempre y en todo momento tiene dispuestas sus armas contra él. La lucha de clase, la que se libra en defensa de los intereses de los proletarios y sin vincular estos a ningún frente común con otras clases sociales, con la patronal, con la casta política, etc. es la única garantía, aún cuando sea muy débil, de lograr una victoria. La huelga prevista para el 17 de marzo va en contra de este espíritu de lucha... de hecho va encaminado a encarrilarlo por la vía muerta de la solidaridad entre clases.

Los proletarios del País Vasco han sido, históricamente, un ejemplo para los proletarios del resto del país. En sus acerías y en sus minas surgieron algunas de las luchas más fuertes de comienzos del siglo XX y, con ellas, los esfuerzos organizativos, tanto sobre el terreno sindical como sobre el político, de la clase trabajadora, que a través de ellos dio su contribución al resto de proletarios de otras regiones. Sin necesidad de irnos muy lejos, la huelga en la empresa Laminación de Bandas en Frío, que duró desde el 30 de noviembre de 1966 hasta el 15 de mayo de 1967, fue un revulsivo fundamental tanto para que los jóvenes proletarios que llenaban las fábricas del desarrollismo español se lanzasen a la lucha como para que los diferentes medios de enfrentamiento empleados (hojas de agitación diarias, comités y asambleas, ocupaciones de los locales del sindicato vertical...) se tomasen como algo común y necesario, difundiendo con ellos formas organizativas que impulsarían las luchas del periodo.

Las décadas de derrota y desorganización que ha padecido la clase proletaria, la integración de sus organizaciones de clase (que tan sólo de manera embrionaria aparecían en los años de la huelga de bandas) de una manera u otra en el Estado, el virus democrático inoculado para justificar el evidente retroceso en sus condiciones de vida... y en el caso vasco y navarro el peso de un nacionalismo, pacífico y violento, que ha respondido a las necesidades de la clase burguesa vasca y española de esterilizar las fuerzas proletarias. Todo ello ha dado lugar a un terrible limbo de paz social en el que la burguesía impone continuamente sus dictados y los trabajadores deben resignarse a aceptarlos. En esta política del *trágala* la divisa nacionalista, en cualquiera de las formas que ha adoptado, ha resultado de gran ayuda para neutralizar cualquier tipo de respuesta independiente de clase, sobre todo entre los estratos más avanzados del proletariado vasco.

El localismo, el corporativismo, el nacionalismo de cualquier tipo... siempre son armas en manos de la clase burguesa. Fomentan la competencia y el enfrentamiento entre proletarios, poniendo en el lugar de la solidaridad de clase, la unidad entre patronos y trabajadores. La forma democrática moderna, consolidada en la estructura autonómica del Estado y que se presenta como un avance frente a la centralización de décadas anteriores, cumple el mismo papel. Esto tanto la clase burguesa como sus aliados políticos y sindicales que llaman a los proletarios a movilizarse en su defensa, lo saben bien. Como bien saben que, cimentando la solidaridad interclasista de hoy, preparan a los trabajadores para los sacrificios que mañana les exigirán.

¡Contra todo tipo de nacionalismo!
¡Contra cualquier forma de solidaridad entre clases!

¡Por la solidaridad y la unidad de los proletarios de todas las regiones y países!

¡Por la lucha de clase intransigente!

¡Por la reconstitución del Partido Comunista, internacional e internacionalista!

24 de febrero de 2026

Elementos de orientación marxista

(Textos del partido N° 10, Junio de 2023, A5, 24 páginas, 2 €)

Sumario

Introducción

Elementos de orientación marxista:

- El marxismo no es un problema de opiniones
 - ¿En qué sentido los marxistas se vinculan a una tradición histórica?
 - Incardinación del método dialéctico marxista
 - El enfrentamiento entre las fuerzas productivas y las formas sociales
 - Clase, lucha de clase, partido
 - Conformismo, reformismo, antiformalismo
 - Interpretación de los caracteres de la fase histórica contemporánea; criterio dialéctico de valoración de las instituciones y de las soluciones sociales pasadas y presentes
 - La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo económico: mercantilismo
 - La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo social: la familia
 - La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo político: monarquía y república
 - La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo ideológico: la religión cristiana
 - El ciclo capitalista: fase revolucionaria
 - -El ciclo capitalista: fase evolucionista y democrática
 - El ciclo capitalista: fase imperialista y fascista
 - La estrategia proletaria en la fase de la revolución burguesa
 - Tendencias del movimiento socialista en la fase democrático-pacifista
 - Táctica proletaria en la fase del capitalismo imperialista y del fascismo
 - La revolución rusa, errores y desviaciones de la Tercera Internacional, involución del régimen proletario ruso
 - Impostación actual del problema de la estrategia proletaria. Denuncia histórica definitiva de cualquier simpatía por las reivindicaciones democrático-liberales. Solución negativa a la tesis del apoyo a las fuerzas que conducen al capitalismo a desarrollar su modernísima fase monopolística en economía y fascista en política.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid.

Para Italia : Ed. Int., Vía Comasina 81, 20161 Milano.

Para Francia : Programme, 15 Cours du Palais, 07000 Privas.

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Francia.

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.